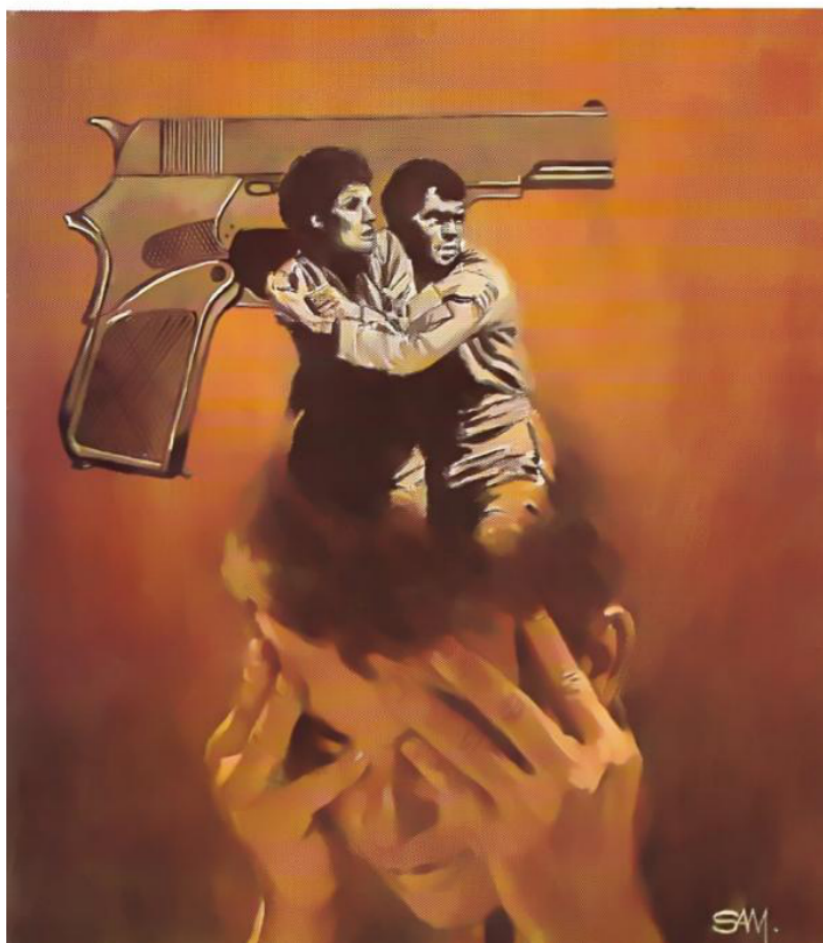
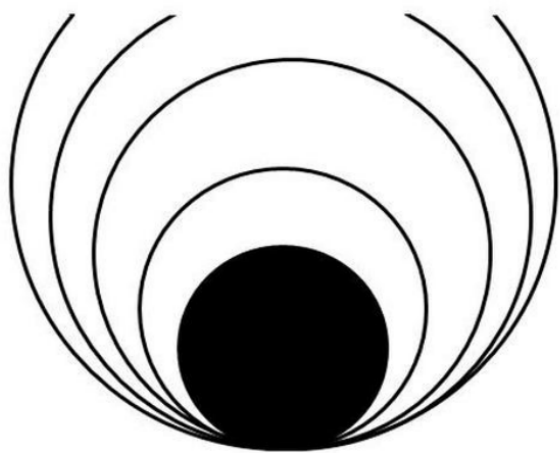




PESADILLA EN "BLUES"

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**PESADILLA
EN «BLUES»**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1040
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 270-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1982

1ª edición en América: septiembre, 1982

© Curtis Garland - 1982

texto

© Agencia - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

«Cuando se retiraron las aguas tuve que hacer mi hatillo y marcharme, porque mi casa estaba en ruinas y ya no se podía seguir viviendo en ella».

(Fragmento de *Black Water Blues*).

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca me ha avergonzado decir que soy un hombre de pueblo.

Aquí, en la gran ciudad, donde todo el mundo presume de procedencia especial, alardeando ser de acá o de allá, siempre una población grande e importante, a mí nunca me causó complejo decir que era de una pequeña aldea que no figuraba en ningún mapa, perdida en un lugar de Illinois y que mis padres habían sido granjeros hasta que un desgraciado accidente acabó con la vida de mi padre y mi madre tuvo que vender la propiedad y trabajar duro para sacarme adelante y darme unos estudios. Tan duro, que murió apenas cumplidos los cuarenta y ocho años, gastada y agotada, con su corazón, habitualmente enfermo, herido ya de muerte desde que se quedó viuda.

A ella le debo todo lo poco que soy. Porque después de tanto sacrificio, ¿qué pensaría ella al ver a su único y querido hijo convertido en un vulgar camarero de club nocturno, en una gran ciudad como ésta, donde tanta gente llega y encuentra su oportunidad?

Evidentemente, o ella me sobrevaloró en exceso, o no he tenido fortuna en mi vida. Pero apelar a la mala suerte es un recurso demasiado fácil para justificar la propia derrota en la vida. No me gusta tener que apelar a algo así, la verdad.

Es preferible aceptar la dura y cruda realidad con todas sus consecuencias. No soy nadie ni nunca seré nadie. No he llegado más lejos, sencillamente porque no sirvo para ello.

No soy un inculto ni un patán, aunque sea un pueblerino, como algunos me dicen por aquí despectivamente. Simple y llanamente, soy lo que soy: un oscuro camarero, en un club donde se toca y se canta música de *jazz* para un público adicto. Llevo sólo tres meses en este local. Antes estuve en un hotel, en un restaurante y en una cafetería de unos grandes almacenes. Aquí es donde ofrecieron

mejor salario, pusieron un anuncio en la prensa y acudí a él sin demasiadas ilusiones. No sé si el hecho de que me guste el *jazz*, en particular, y la música en general, unido al hecho de que sepa tocar el piano de oído y pueda interpretar media docena de melodías a la trompeta, gracias a las clases de música que formaron parte de mi educación durante la viudedad de mi madre, me permitieron ganar la plaza, en dura pugna con dos docenas largas de aspirantes a la misma.

Ya dije que el sueldo es bueno y el horario inmejorable: de lunes a sábado, todas las noches de nueve a tres de la madrugada. Y los domingos libres. Lo que se dice una bicoca en los tiempos que corremos. Además, las propinas no es que sean dignas del Hilton, pero sí aceptables.

En suma, no estoy descontento con mi trabajo.

O, mejor dicho, no lo estuve hasta esta noche pasada. Entonces, radicalmente, todo cambió para mí de un modo absurdo e imprevisible. Y empiezo a preguntarme si no será de modo definitivo... por el momento, no puedo dejar de pensar en ello, mientras el cuarteto de Rocky interpreta *Money Blues*, del monstruo Armstrong, y yo recojo un par de mesas que acaban de quedarse vacías.

Pienso en lo que anoche intervino en mi vida, brutalmente, y que ha estado invadiendo durante la noche mis inquietos sueños y durante el día todas mis horas, es una angustiosa y obsesiva repetición.

Pienso en todo ello ahora, y no puedo evitar que mi mano, habitualmente segura, vacile y tiemble, derribando un par de copas. Una se ha roto con cierto estrépito al estrellarse contra el suelo, y la gente se ha vuelto para sisearme con reproche. Miro mis dedos que tiemblan, inseguros.

Creo que tengo miedo.

Miedo a morir. O a no sé qué...

Tengo miedo por lo que sucedió anoche. Por lo que vi anoche.

Porque esta pasada madrugada, cuando abandonaba el club en dirección a mi domicilio, fatigado y somnoliento, presencié algo.

Presencié un asesinato...

Un asesinato.

Tardé algunos instantes en comprender, en toda su tremenda

significación, lo que mis ojos estaban captando esa maldita madrugada que debiera haber sido para mí una más, tan tranquila y rutinaria como cualquier otra.

Pero no lo fue. Ya no podía serlo.

Acababa de suceder ante mí. Lo había visto. No podía dudarlo.

Había visto matar a un ser humano.

Y ello había sucedido a menos de veinte yardas de donde yo me encontraba. Estaba seguro de que la espantosa imagen jamás se borraría de mi memoria mientras viviese.

Lo pensé en ese momento con total, con absoluta seguridad, sobreponiéndome todavía no sé cómo a la terrible sensación que aquel crimen produjo en mi ser.

Había sido una mala noche desde el principio. Una de esas noches en que todo sale torcido, por mucho que uno se empeñe en que ocurra de otro modo. Para empezar, Rocky Wooley, el jefe del grupo de *jazz*, llegó acatarrado, tosiendo fuertemente y maldiciendo entre dientes, mientras dejaba un insoportable aroma a pastillas balsámicas con cada resoplido suyo. Se quejó del tiempo tan variable que teníamos, del bochorno que le hacía sudar en demasía, de las corrientes de aire y de todo lo habido y por haber. Pero todos estábamos habituados a oír a Rocky quejarse por todo, y no le hicimos demasiado caso aunque, por ser clarinetista, la empresa del local se preocupó un poco por su catarro. Ellis Joyce, el pianista, era el más escéptico de todos respecto a las quejas de Rocky, quizá porque era el músico que más tiempo llevaba en su conjunto y le conocía sobradamente bien. Bugsy Sparks, el saxo, y Perry Graham, el batería, eran más recientes en el cuarteto, y hasta se creían a pies juntillas los males de su jefe.

Eso fue solamente el principio. Lo cierto es que, pese al resfriado y los lamentos, Rocky tocó el clarinete tan bien como de costumbre. Luego, unos clientes pidieron que yo interpretase algo a la trompeta con ellos, y acepté, pese a tener bastante trabajo en las mesas del Notorius, que es el nombre del local donde estoy empleado. Nunca debí aceptar, pero entonces ignoraba todo lo que iba a suceder seguidamente, y no vi nada malo en dirigirme al estrado, tomar la trompeta que Rocky me tendía con una sonrisa, para empezar a interpretar algunas de mis creaciones, si es que pueden llamarse así.

La cosa resultó mal. Unos tipos medio embriagados entraron en

el local durante mi actuación y molestaron a los clientes de dos mesas. Luego empezaron a meterse conmigo, diciendo que parecía un palurdo tocando en la fiesta del pueblo. Rocky se molestó y pidió a Crippen que echara a aquella gentuza. Crippen es el dueño del local y se apresuró a pedir la ayuda de tres camareros para arrojar a la calle al grupo provocador.

Tampoco eso salió demasiado bien. Ellos eran media docena, fuertes y espoleados por el exceso de alcohol, y no se avinieron a buenas ni a malas razones para abandonar el Notorius.

Y la cosa se lió. Vaya si se lió.

Al ver en apuros a mis compañeros y al propio Crippen, solté mi trompeta y me lancé a la pelea, con mis mejores entusiasmos. Sé que sacudí a unos cuantos, pero como no soy uno de esos héroes de la televisión que pegan sin recibir, salí del barullo con un ojo hinchado, un hematoma en el pómulo y un corte en el labio, además de mi chaqueta color naranja desgarrada lamentablemente de arriba abajo, y salpicada con manchas de zumo de tomate y de vodka con *orange*.

Enviamos a todos a la calle con más o menos apuros y Crippen me envió a que me arreglase un poco el físico en el botiquín del establecimiento, además de quitarme la chaqueta rota, y sustituirla por otra en mejor estado. Eso hizo que me dirigiese a las dependencias de servicio para cumplir el encargo del jefe.

No puede negarse que todo ello resultó de lo más inoportuno. De no haber sucedido todo eso, nunca hubiera visto lo que vi. Primero fue una escena escabrosa, protagonizada por Marion Floyd, la amante del propio Stuart Crippen, mi jefe, y por Neil Thorpe, socio y administrador del negocio. Ambos, a espaldas de Crippen, se lo estaban pasando bien en el almacén de bebidas, junto al botiquín. Demasiado bien, diría yo.

Lo primero que vi fueron los blancos muslos de Marion Floyd, con las faldas muy arriba, hasta descubrir los encajes de una minúscula braguita color grana, y las manos callosas del tal Thorpe, acariciando las intimidades de la mujer, mientras sus bocas se mordían mutuamente con glotonería, y sus jadeos llenaban toda la cámara. Vi también un seno de mujer, pleno y macizo, en total desnudez.

Ambos advirtieron mi presencia y trataron de arreglar lo

inarreglable. Yo pasé por su lado, sin saber si decirles qué tal les iba o fingir que era sordo, mudo y ciego. Opté por esto último y les dejé atrás, confusos y aturridos.

Eso fue solamente lo primero. Apenas entré en el botiquín y guardarropa del servicio, me tropecé con el segundo asunto. Pearl Laverne, la cantante de nuestro *show*, estaba allí.

Ella no se estaba magreando con nadie. Pearl es una chica con la que uno iría al fin del mundo aunque fuese en monopatín, una especie de bomba morena, de tez bronceada y pelo rizado, que desliza sexo por todos sus poros, y cuyas curvas parecen despedir alta tensión al cimbrearse. Tiene unos labios carnosos y sensuales, una voz ronca y melosa, y una mirada que haría arder a un iceberg en dos segundos. Todo ese monumento de hembra, sin embargo, estaba recurriendo al más vil y despreciable de los procedimientos de placer que jamás he podido imaginar.

Allí, a solas, se estaba inyectando heroína en un brazo repleto de pinchazos significativos.

—Cielos —murmuré—. Lo siento mucho, Pearl. No quería...

Me miró con sus grandes ojos ardientes. Temblaron sus labios un momento. El inyectable cayó de su mano, pero ya estaba vacío. Se había inoculado toda la dosis en la vena directamente.

—Yo sí lo siento —jadeó—. ¿Por qué tuviste que venir ahora, Rip?

Me quedé sin saber qué decirle. Eso era cierto. Esta noche tenía el don de la inoportunidad, aunque en mi descargo debía de admitir que no todo era culpa mía. Desvié la mirada y me limité a encogerme de hombros, con un comentario evasivo:

—Son cosas que pasan. Ya me voy, Pearl. No he visto nada, palabra. Ésas son cosas de cada uno.

—Me gustaría poder explicártelo, de todos modos —murmuró ella con un suspiro, bajando la manga sobre su brazo acribillado.

—No lo hagas. No vale la pena, créeme.

—Rip, tú me gustas... —la oí murmurar.

—Eres muy amable.

—No seas idiota. Me gustas. Muchos hombres darían media vida por oír de mis labios una cosa así.

—No tienes que intentar sobornarme de ninguna manera —corté, eligiendo una chaqueta limpia y bien planchada del perchero

repleto de ellas—. Nadie va a saber por mí lo que tú haces a solas, Pearl.

—Maldito tonto, ¿es que no te das cuenta? —Me rodeó con sus morenos brazos de mestiza y sentí sus labios carnosos en mi nuca. Me hizo temblar en un espasmo el roce de su lengua junto a mi oreja—. Quédate aquí conmigo. Te haré el más feliz de los hombres. Soy una experta...

Vaya si lo era. En pocos segundos, estaba masajeándome como no lo harían en una sala de relax de esas que todos sabemos. Me hubiera bastado permanecer pasivo, y ella me hubiera devorado. Era una especie de volcán en erupción, abrasador y lascivo.

En otras circunstancias, me hubiera sentido dichoso de tener a Pearl Laverne así, sometida y rendida a mis posibles encantos varoniles. Pero no ahora. La rechacé con cierta brusquedad.

—Por favor, no —dije—. Otro día. Ahora no. Debo volver al trabajo...

—¿Qué te pasa, Rip? —Me miró desconcertada. Sus poderosos senos de bronce vivo palpitaban tumultuosos, ya fuera de su encierro—. ¿Es que eres homosexual?

—Y un cuerno —me irrité, molesto, echando a andar hacia la salida—. Te digo que tengo trabajo. Hasta luego, Pearl.

—¡Cerdo! ¡Marica! —Oí que me espetaba, llena de ira, cuando cerraba la puerta tras de mí, con un resoplido de alivio.

Naturalmente, quizá sólo me decía esas cosas por despecho, o por efecto de la droga. Me vuelven loco las mujeres. Ella misma, Pearl, me había provocado sueños eróticos más de una vez. Pero detesto tener en mis brazos a una drogadicta. Tal vez esté chapado a la antigua, no sé.

Volví a la sala. Las cosas seguían saliendo mal aquella noche. Muy mal. Ellis Joyce, el pianista, estaba discutiendo con alguien cuando regresé. Rocky trataba de calmarle en vano, mientras el cuarteto permanecía sin tocar y la gente volvía la cabeza hacia los músicos, levemente intrigada.

El tipo con quien Ellis discutía era un perfecto desconocido para mí. Vestía un elegante *smoking beige* —demasiado elegante para un sitio como el Notorius— y llevaba a su lado a una rubia de campeonato. La rubia —cuyo platinado cabello, además de recordar al de Jean Harlow, quizá por aquello de las modas del «revival»,

acusaba la presencia del tinte artificial—, se había echado a un lado, algo cohibida, y se limitaba a la discusión sin mediar en ella. Vestía un traje de noche muy ceñido, en blanco y plata, que realzaba unas formas mareantes, en especial en sus caderas y nalgas, aunque los senos tampoco eran moco de pavo.

Neil Thorpe, el socio de Crippen, terció prudentemente en la disputa, interponiéndose entre ambos y rogando al pianista que volviera a su trabajo. A regañadientes, Ellis le obedeció, mientras Thorpe se disculpaba con el cliente, cuyo rostro aparecía tenso y enrojecido por la ira.

Pasé entonces por su lado para poner mi granito de arena y conducirles a una mesa lo más alejada posible de la orquesta, para evitar nuevas fricciones. La dama me rozó con uno de sus pechos. Eran duros como piedras, además de abundantes.

—Por aquí, señor —invité conciliador al caballero del *smoking* crema—. Tengo una excelente mesa para ustedes...

Thorpe me dirigió una mirada de gratitud por ayudarle a sacar las castañas del fuego, y me llevé a los nuevos clientes conmigo. Pero antes, oí cómo el fulano mascullaba entre dientes, mirando con odio profundo a Ellis Joyce:

—Juro que la próxima vez te mataré, bastardo... ¡Lo juro!

Esos modales eran impropios de un individuo que tuviera porte de caballero, pero he oído muchas tonterías en mi vida, y juzgué que ésta era una de tantas. Cuando la ira del momento se pasara, el cliente quizá ni recordaría haber proferido semejante amenaza, pensé yo.

Les coloqué en una mesa discreta y confortable, y me pidieron una botella de champaña frío, muy seco. Me alejé para dirigirme a la barra a pedir la consumición. De paso, pregunté a un compañero de trabajo:

—¿Quién es ese tipo que se peleaba con Joyce?

—¿El de la rubia imponente? —El barman sonrió, guiñándome un ojo—. Si te gusta la fulana, aléjate de ella como si fuese un barril de dinamita con la mecha encendida.

—¿Tan peligrosa es?

—Ella, no sé. Pero él, sí lo es. Se llama Waldo Bellamy y es un tipo metido en asuntos feos y oscuros. Dicen que es mafioso, pero nadie lo ha probado jamás. Sea como sea, su vida dista mucho de

ser clara y se asegura que es un mal enemigo para cualquiera. No me sorprendería incluso que fuese armado.

—¿Por qué se pelearía Joyce con él?

—No sé. Resulta raro que él tenga relación con un tipo así. Pero, si quieres saberlo, tendrás que preguntárselo a él mismo, Rip.

—No creo que sea el momento adecuado para ello —sonreí, torciendo el gesto.

Servía al tal Bellamy y a su esplendorosa rubia y recibí una buena propina. Nada menos que diez dólares. Era un tipo generoso, fuese cual fuese su verdadera condición. Y a mí, después de todo, eso era lo que me importaba. Allá Joyce con sus líos, aunque me sorprendía que un tipo retraído y huraño y poco comunicativo como él, hubiera llegado a enfrentarse en público con un hombre como aquél. También era sorprendente que ambos tuvieran alguna relación entre sí, pero no había la menor duda de que, fuese cual fuese, esa relación existía.

Observé a Joyce mientras deambulaba entre las mesas atendiendo a la clientela. No parecía concentrarse demasiado en su trabajo. Tocaba como con desgana, mecánicamente. Pero siempre había sido un buen pianista y los profanos no podían notar tal cosa.

Pidieron que saliera a tocar una pieza y accedí. Esta vez, nadie se metió conmigo afortunadamente. Es más, recibí muchos aplausos durante mi actuación. Y, cosa sorprendente, mientras interpretaba unos *blues* en un solo de trompeta, observé que la rubia compañera de Bellamy no me quitaba ojo. Al terminar, no sólo aplaudió: me hizo un guiño y me sonrió. Era todo un triunfo con una hembra así, pensé yo.

Pero estaba visto que no era mi noche. Aquello era demasiado bueno para terminar una mala jornada. Por eso tuvo que ocurrir lo demás. Abandoné, como cada noche, el Notorius, alrededor de las cuatro de la mañana. La ciudad aparecía semidesierta, algunos camiones fruteros o de carne pasaban hacia los mercados, las calles estaban recién regadas y el asfalto brillaba como si fuese negro charol. Las luces urbanas tenían un halo frío, a pesar de que el tiempo era simplemente tibio, aunque algo bochornoso, con una humedad espesa que hacía presagiar lluvia en cualquier momento.

En la salida, me tropecé con una chica a la que había visto bailar con clientes del club durante toda la noche. Conocía la especie.

Muchachas que vienen a la gran ciudad en busca de fortuna y fama, y se quedan a medio camino, como yo mismo. Unas se dedican a prostitutas, otras regresan con la vieja maleta al pueblo de donde proceden, y algunas pocas, las menos, optan por seguir peleando sin vender su cuerpo ni darse tampoco por vencidas por el monstruo de cemento y asfalto que las rodea.

A esa clase pertenecen muchachas que hacen de «taxi-dancers», en locales de cierto tipo, cobrando mediante *tickets* sus bailes, o que frecuentan otros locales, obtienen algún convite y alguna propina y se dejan rodear la cintura por cualquier tipo necesitado de pareja. Acostumbran a escuchar confidencias que les importan un pepino, a ser paño de lágrimas de un puñado de melancólicos, o a tener que darle un corte a un atrevido que lleva su mano más allá de la cintura, en busca de formas más rotundas.

Por supuesto, la chica que bailaba allí era de ésas. No la había visto flirtear con ninguno, ni siquiera permitir que el abrazo fuese demasiado estrecho durante los bailes. Se tomó tres o cuatro combinados sin alcohol durante la noche, y la vi en dos o tres ocasiones llevarse al bolso un billete de poco valor, como pago a su compañía. Está visto que en este mundo hay gente para todo.

Ella era pelirroja, simpática, bonita y con buen tipo, y parecía tan perdida en la ciudad como un explorador en medio del desierto. La miré y me miró, al cruzarnos en la salida. Le sonreí y me sonrió.

—Tocas muy bien la trompeta —me dijo con sencillez.

—Gracias —respondí—. Tú bailas muy bien.

—Los pies me duelen horriblemente —se quejó—. Pero vivo de esto.

—¿Se puede vivir de algo así? —dudé.

—Te sorprenderías de la clase de gente que está dispuesta a pagar una copa y dar cinco o diez dólares a una chica, a cambio de ser escuchado. Problema de falta de comunicación, digo yo siempre. Hoy en día, nadie escucha a nadie. Ni siquiera la propia familia. Y a veces sienta bien poderle contar a otro las cosas.

—Eso seguro —suspiré—. Yo soy de éstos. Pero no tengo dinero para pagarme a una chica que escuche mis confidencias y menos aún a un psiquiatra.

—Nunca vayas a un psiquiatra —me aconsejó—. Mis clientes dicen siempre lo mismo de todos ellos: El que no es un sacacuartos,

está rematadamente loco. Te aseguro que tampoco yo tengo a quién contarle mis cosas. Ellos quieren ser escuchados, pero nunca te escuchan si hablas tú.

—Menudo mundo nos ha tocado vivir —me quejé estúpidamente.

—Es malo, sí. Y la ciudad también es mala —miró a las calles, a las luces, a los enormes edificios salpicados de fluorescentes como quien mira a un enemigo—. Nada de esto me gusta. ¿Y a ti?

—Tampoco —acepté—. Pero hay que seguir. Siempre hay que seguir... ¿Cómo te llamas?

—Donna. Donna Keller —dijo sonriendo—. Tú, ya sé: Rip Mason. Lo dicen al anunciarte cuando vas a tocar. Perdona. Creo que te estoy dando la lata.

—Nada de eso —rechacé—. Voy hacia Broadway. ¿Y tú?

—Yo, no. En dirección opuesta: a West Side. Vivo pobremente, Rip.

—Yo también —moví la cabeza—. Comparto un apartamento con un amigo que ahora está en Filadelfia con sus padres. Él trabaja aquí de bailarín con una compañía de revista musical. Se torció un pie y está descansando. El apartamento es pequeño y nada cómodo, pero está bien situado para su precio. Por eso seguimos allí los dos.

—Entiendo. Bien, Rip, hasta mañana —me despidió con su suave sonrisa que hacía brillar agradablemente el color pardo de sus bonitos ojos.

—Hasta mañana, Donna. ¿Vendrás a bailar al club?

—Sí. Es un buen sitio, después de todo.

—¿Me concederás un baile aunque no te vaya a contar mis penas ni darte propina?

—Claro —rió de un modo encantador—. Podremos contarnos mutuamente nuestras cosas, ¿qué te parece?

—Hecho —reí también, tendiéndole la mano, que ella apretó con calor.

Nos separamos. La pelirroja se marchó hacia el sur, calle abajo. Yo hacia el norte, en dirección a Broadway. Ella fue una de las pocas cosas buenas de aquella noche.

Porque inmediatamente después, vino lo del crimen.

CAPÍTULO II

Ocurrió en la esquina de la Calle Veintitrés y de la Avenida de las Américas.

Yo había optado por regresar andando a mi apartamento, pese a que debía recorrer casi una milla. Pero ese paseo de madrugada, tras tantas horas metido entre cuatro paredes, respirando un ambiente cargado, era como un sedante para los nervios y un alivio para el cuerpo.

Vi inicialmente el coche, un descapotable rojo guinda, un De Soto de modelo reciente y líneas estilizadas. Estaba aparcado junto al bordillo, ante un establecimiento cerrado de licores, y no lejos de un pequeño local de cervezas y bocadillos, de los que permanecen abiertos toda la noche. Un vagabundo erraba por allí, rebuscando en las basuras, luciendo un gastado y ridículo sombrero gris, con algunos agujeros.

Mis ojos se clavaron inmediatamente en el descapotable.

Estaba ocupado por tres hombres. Uno, sentado al volante. Los otros dos, en el asiento posterior. De repente, la portezuela del vehículo se abrió, y un hombre salió disparado del mismo, hablando abruptamente algo entre dientes, con tono airado. Le replicaron desde dentro con un grito ronco y autoritario, al que el tipo no hizo caso, y se puso a caminar alejándose del coche.

Desde dentro del mismo, brotó algo, una especie de fogonazo, repetido por dos veces. Sentí el sonido seco de dos chasquidos o taponazos, algo casi inaudible en la calle, y menos en ese momento, en que un «elevado» trepidó sobre las vías e hizo retemblar la estructura metálica del tendido férreo.

El hombre de a pie se paró en seco, osciló sobre sus talones y se derrumbó como fulminado. El vagabundo, al verle caer, pegó un respingo y se alejó a toda prisa, sumergiéndose en un callejón oscuro como boca de lobo.

Tuve la rara intuición de que acababa de asistir a la muerte de un hombre. A un frío y brutal asesinato. Los dos fogonazos y los dos secos sonidos apenas audibles, eran dos disparos de arma de fuego, hechos con silenciador.

Entonces, el tipo del volante me vio. Había girado la cabeza. Descubrió mi presencia en la otra acera. Dijo algo al viajero de atrás y, con rapidez, éste también miró por la ventanilla —tenían echada la capota en todo momento—, y por un instante tuve la escalofriante sensación de que iban a matarme también a mí. Apenas vislumbré el rostro tras el cristal, una mancha borrosa, indefinible aquella distancia y con la escasa luz del alumbrado callejero.

Luego, el coche arrancó velozmente, y se perdió en la noche, sin que por fortuna nadie disparase contra mí. Corrí hacia donde cayera el hombre. Su bulto era bien visible en la acera. El vagabundo brillaba por su ausencia. Y en la tienda de bocadillos y cervezas, estaban sirviendo a alguien en su interior, sin que nadie se hubiera dado cuenta de nada.

Llegué hasta el cuerpo inerte, tendido boca abajo en la acera. La sangre empapaba su chaqueta, allí donde dos orificios perforaban su espalda, a la altura justa del corazón. No había llegado a formar reguero en el asfalto.

Tenía el rostro medio vuelto, pegado de perfil a la superficie mojada de la calle regada. Le miré y me quedé petrificado.

El muerto era Ellis Joyce, nuestro pianista.

Ellis Joyce.

El hombre que yo había visto pelearse con el supuesto mafioso del *smoking* color crema y la rubia espectacular.

Ellis Joyce, pianista, compañero y amigo en cierto modo, a pesar de su natural introvertido y hosco. Poco antes, estaba tocando al piano, algo desangeladamente, pero lleno de vida, eso sí, una melodía cualquiera a ritmo de *blues*.

Ahora estaba muerto. Muerto de dos balazos en la espalda, a bocajarro. En plena calle, en el centro de la ciudad, delante de testigos que casi no habíamos visto nada. Pensé en el vagabundo, asustado por los gritos, la caída y las dos breves llamaradas. Pero quizá ni siquiera consciente de lo que presenciaba, como yo mismo.

—Dios mío —murmuré, tocando su rostro yerto, rígido. Puse los

dedos sobre su carótida. No soy médico, pero sé que eso sirve para algo. Esta vez sirvió para demostrar que el pobre Ellis estaba muerto y bien muerto.

Me dispuse a incorporarme, a gritar algo, a avisar al que despachaba hamburguesas y salchichas en la cervecería cercana. A tomar un teléfono y llamar a la policía, a cualquier cosa que pudiera hacer un ciudadano normal.

No sé cómo ocurrió. Pero en ese momento, oí chirriar levemente unos frenos a mi espalda. Me volví, pretendiendo decir algo, avisar de algo. Sólo atiné a ver unos zapatos caminando presurosos muy cerca, en dirección a mí. Borrosamente, creí advertir que eran zapatos marrones, con puntera blanca o muy clara. Pero fue muy borroso. Y, sobre todo, muy breve.

Luego, el mundo entero estalló sobre mi cabeza. Y mi cabeza con él.

Noté un tremendo dolor que parecía arrancarme de cuajo los miembros y agrietar mi cerebro. Todo giró en torno mío, envuelto en luces cegadoras. Vi venir el mojado asfalto hacia mí, y supe que me estrellaba en él.

Ya no supe más. Algo muy negro y espeso me rodeaba, me envolvía.

El resto, como dijo cierto clásico al matar a su héroe en el apoteosis final, fue silencio^[1].

Tuve pesadillas esa noche.

Pesadillas extrañas y amorfas que, como visiones de un esquizofrénico o secuencias trazadas por un pintor surrealista, presentaban ante mi cuerpos sin vida, balas silenciosas, agujeros sangrientos, coches color rojo guinda pasando ante mí por calles oscuras y desiertas, una lluvia de hamburguesas sobre un cadáver y teclas de piano que ondulaban y terminaban por convertirse en luces blancas brillantes y negras zonas de sombra, sobre un plano irreal y delirante.

Cuando desperté, no sabía la hora que era ni dónde estaba. Pero me sentí bañado en sudor frío; las sienes me palpitaban, notaba la boca con una sequedad estropajosa, y la mente tan turbia y confusa como si me hubiera tomado dos botellas de *whisky*. Lo raro es que yo casi nunca bebo otra cosa que cerveza de poca graduación. Y no recordaba haber bebido ninguna la noche anterior, puesto que

durante mis horas de trabajo me guardo muy mucho de probar el alcohol por razones de simple ética.

Gemí al abrir los ojos. Era como haberse convertido repentinamente en Drácula. La claridad del sol no sólo me cegaba. Me hería, me molestaba. Mi cabeza daba vueltas, sentía náuseas, y mi boca era un retrete. Eructé y estuve en un tris de vomitar sobre las sábanas.

Un vuelco sobre la cama me hizo sentir tan enfermo que creí morirme allí mismo. El sudor se hizo helado, las sienas palpitaron como si hubiera dentro de ellas dos tambores haciendo vibrar mi cráneo hasta el borde de la locura, y no pude evitar ya una contracción que hizo asomar la bilis espumeando entre mis labios.

No sé si llegué a jurar soezmente, pero lo deseé con toda mi alma, aunque no tenía fuerzas para nada. Luego, tuve la mala ocurrencia de intentar ponerme en pie, tirando las sábanas a un lado.

Fue un tremendo error por mi parte sentirme tan audaz. Apenas puse los pies descalzos en la alfombra, caí de rodillas, exhalé un jadeo ronco, vomité abiertamente en el suelo, y mis ojos se nublaron. Tuve que apoyarme en la mesilla para no caer.

Alcé la cabeza, aturdido, convulso, y contemplé la familiar esfera oval de mi reloj despertador electrónico, color azul turquesa, con cifras luminosas. A su lado, en un marco, la suave belleza de mi única novia, Carol, me sonrió distante y fría, como ella había sido siempre en el pueblo, por mucho que mi mente pretendiera idealizarla de otro modo.

—Oh, cielos, no —gemí—. Después de todo... estoy en casa. En mi casa...

Y permanecí así unos momentos, tratando de controlarme, de ser una cosa parecida a un ente humano y no una sucia y asquerosa piltrafa, como me sentía en estos momentos dentro de la habitación familiar, hartamente conocida, en que había despertado de mi extraño sopor.

Porque lo cierto era eso. No había error en esa primera impresión. Ésta era mi casa, mi dormitorio, mi cama. El apartamento compartido con Mike, el bailarín de revista.

Traté de recordar. ¿Cómo diablos había llegado yo a mi casa la noche antes? El sol, filtrándose por las anchas rendijas de la

persiana graduable, me hacía daño todavía. Pero no me convertía en cenizas. Menos mal, pensé. Todavía no era un vampiro, aunque lo pareciese. Debía de ser tarde, bastante tarde. A juzgar por el reflejo del sol en los cristales de las ventanas de enfrente, en una de las cuales acostumbraba a ver desnudarse y vestirse a una corista morenita y gordezuela, que me provocaba ostensiblemente con ese juego frívolo, debía de estar cercano el mediodía.

Mis esfuerzos dieron cierto resultado, pero no demasiado optimista. Mis últimos recuerdos se remontaban al Notorius, a mi salida de él de madrugada, como siempre. A calles mojadas, a silencio, a luces de ciudad...

—¡Dios mío! —gemí, cuando mis recuerdos llegaron a cierto punto—. Eso, no...

Pero sí. Eso, sí. Acababa de recordarlo. Y no creí que fuera un simple sueño, una pesadilla más. Un coche color rojo guinda, descapotable. Un De Soto. Un hombre que cae. Dos disparos silenciosos. Un hombre muerto.

—¡Ellis! —Casi sollocé, sintiendo otro eructo al recordar su cara rígida, su rostro crispado, su carótida fría y quieta, la sangre en su espalda, sobre la chaqueta color marrón *whisky*, de seda de alpaca—. ¡Ellis Joyce...! Muerto... Asesinado...

Me toqué la sien. Me dolía. Retiré los dedos. No estaban mojados de sangre, como en las malas novelas. Pero había en ellos algo seco y oscuro adherido. Y sí podía ser sangre. Pero sangre seca, adherida a los cabellos previamente.

Alguien me había golpeado cuando estaba inclinado sobre Ellis. Todo era vago, muy confuso, muy turbio. Traté de serenarme, de razonar, de poner en orden mis ideas, cosa no precisamente fácil.

—Si tuviera algo para tomar... —jadeé, sentándome al fin en la cama, donde las revueltas sábanas y la familiar colcha color salmón formaban un revoltijo indescriptible en torno a mi cuerpo desnudo—. Algo fresco, vitalizador...

Recordé. En el frigorífico debía haber leche, zumo de naranja y cosas así. Pero cuando miré hacia la puerta del dormitorio, todo oscilaba y bailoteaba como si estuviera hecho de gelatina. Tuve que cerrar los ojos, eructar agriamente y evitar con dificultades otro vómito.

Pasaron unos minutos, no sé cuántos. Acaso diez o más. Por fin,

al abrir de nuevo los ojos, me fue posible intentar algo. Y, sobre todo, conseguirlo, que es de lo que se trataba. Fui caminando despacio, muy despacio, tambaleante, sintiendo que mis piernas eran como galletas a punto de quebrarse, en dirección al corredor. Llegar de allí a la cocina fue casi una proeza. No creo que lo tuvieran peor Stanley o Livingstone.

Pero llegué. Y pude tomarme un interminable trago de leche, derramando la mitad de la botella por el suelo, antes de erguirme y comenzar a sentirme mejor paulatinamente. Ahora mis recuerdos fueron tomando mayor cuerpo, mientras me sentaba en la mesa de la cocina, con la botella de leche como tabla de salvación, procurando reunir y darle cierta coherencia a mis confusos pensamientos dispersos por la jaula de grillos que era en estos momentos mi desgraciado cerebro.

No. No había más recuerdos a partir del momento en que creí que el mundo entero se me venía encima y mi cabeza estallaba. Ni un solo recuerdo que añadir. Había debido caer de bruces sobre el asfalto, junto al cuerpo sin vida de nuestro pianista.

Entonces, ¿cómo diablos había llegado a casa y me había desnudado y acostado? Eso no tenía sentido. Si lo había hecho realmente, es que estaba amnésico y no recordaba nada. En algunas películas de Hollywood de muchos años atrás, acostumbraban a suceder esas cosas. La gente perdía la memoria con una facilidad asombrosa, pero eso no debía de resultar tan simple en la vida real, pensé siempre. Yo no era un personaje de «cine negro», sino un vulgar camarero y trompetista de un club nocturno del sur de Manhattan. A la gente como yo no le suelen suceder esas cosas.

Pero había un margen en blanco entre mi caída en plena calle y mi despertar allí. Traté de rellenarlo de alguna forma.

Cuando me encontré algo mejor, recorrí el apartamento, en orden y tranquilo. Vi la llave puesta en la cerradura por dentro, con el llavero habitual. No había corrido el pestillo, pero eso no tenía tampoco nada de especial. Muchas veces no lo hacía.

Mis ropas estaban tiradas desordenadamente sobre una silla y un taburete. También era muy propio de mí, pero sobre todo cuando venía algo bebido. Y esa noche no había tomado más que un zumo de frutas y un café.

No me faltaba el dinero, por otra parte bastante escaso, ni reloj

ni ninguna otra cosa. No había desorden en la casa. Todo hacía suponer que llegué a ella por mi propio pie. Si era así, no lo recordaba en absoluto.

Miré el teléfono, pensativo, al volver al *living*. Debía de hacer algo, pensé. Algo para estar seguro de que realmente había informado a las autoridades del asesinato de Ellis Joyce. Algo para saber cómo andaban las cosas fuera de estas cuatro paredes.

Levanté el auricular. Marqué el número de emergencia que figuraba allí, para establecer contacto con la policía. Una voz indiferente me atendió:

—Central del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York —me dijeron—. ¿En qué podemos servirle?

—Quiero saber si ha sido denunciado el asesinato de un hombre llamado Ellis Joyce, de profesión pianista —dije.

—Un momento. ¿Quién llama?

Vacilé. Podía dar mi nombre, claro. No veía inconveniente en ello, entre otras cosas porque no tenía nada que ocultar. Pero seguía habiendo en mi mente un espacio en blanco entre mi caída en plena calle y mi despertar allí. Era mejor andarse con cuidado respecto a nombres. Y traté de eludir el tema:

—Me refiero al pianista Ellis Joyce, que trabaja en el club de jazz Notorius. Yo vi cómo le asesinaban la noche pasada, en la esquina de la Veintitrés y la Avenida de las Américas, sobre las cuatro y veinte de la mañana... Tienen que tener ya un informe sobre eso con mi denuncia...

—Insisto: ¿cuál es su nombre, señor? ¿Y sus señas, su teléfono...? Mientras nos da esos datos, procuraremos pasar su llamada al jefe de Detectives de la sección de Homicidios...

Enseguida olfateé una especie de trampa. No sé por qué, de repente sentí miedo. No había motivos para ello, porque yo era un ciudadano honesto y no tenía nada que temer de la policía. Pero algo en mi mente me avisó. Y supe que debía adoptar precauciones.

Colgué bruscamente. Sabía que si una charla con una central de policía se prolonga lo suficiente, ellos no tienen problema en localizar el origen de esa llamada. Sin saber la causa, pensé que era mejor evitarlo.

Me quedé mirando el teléfono, con una rara y repentina sensación de incomodidad y de angustia. ¿Por qué tenía yo miedo a

algo o a alguien, sin motivo alguno?

Me alejé del aparato telefónico como si quemara. Regresé al dormitorio y comencé a vestirme. De repente, pegué un respingo cuando sonó el teléfono.

Temblando, sin haber causa razonable para ello, dudé allí, paralizado. La llamada se repitió. Fui al teléfono. Otra duda, mientras no cesaba de tintinear. Súbitamente, alargué la mano. Lo descolgué.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Quién llama?

No respondió nadie. Colgaron. Oí un seco «clic». Y eso fue todo.

Yo también colgué. Pero empezaba a estar asustado. Y no sabía por qué.

CAPÍTULO III

La cervecería se llamaba Rocco's, pero en vez de encontrarme tras el mostrador con un locuaz y simpático italiano, fue un fornido y joven negro quien me atendió al pedirle aquel mediodía una hamburguesa y una lata de cerveza fría.

Me explicó la cosa, al observar mi desconcierto, mientras la pieza de carne picada con cebolla se doraba sobre la plancha:

—Esto fue antes de un italiano. Vendían *pizzas* y todo eso, hasta que quebró el negocio y me lo traspasó. No le he cambiado el nombre, porque a fin de cuentas eso importa poco. Mi nombre es Todd, Todd Smithers. Mucha gente me pregunta por la cuestión cuando visitan este negocio por primera vez.

Asentí, tomando un sorbo de cerveza. Mi cabeza seguía turbia y confusa. Acababa de pasar justo por el sitio donde tuvo lugar el asesinato. No había ni la menor señal de sangre en la acera. Tampoco huellas de que allí hubiera estado la policía. Había visto en algunos noticiarios de la televisión que acostumbran a dibujar en tiza el contorno de un cadáver cuando se ha cometido un crimen y se llevan el cuerpo. Pero allí no había nada de eso.

Era como si allí nunca hubiese sucedido cosa alguna. Me incliné hacia el negro y le pregunté con cierta ambigüedad:

—Me dijeron que anoche hubo aquí un buen jaleo...

—¿Anoche? —Sus ojos, redondos y blancos como platos, en la mancha oscura de su rostro achocolatado, me contemplaron con auténtico estupor—. Tengo abierto esto toda la noche, amigo, y no he visto nada de nada.

—¿Pero usted no duerme nunca? —Traté de mostrarme divertido.

—Claro. Como cada quien —se encogió de hombros—. Nos turnamos mi hermano Ross y yo. A él le tocó ayer el turno de día. Hoy me toca a mí, y él estará por la noche. Pero de eso que usted ha

mentado, ni idea. ¿Qué clase de jaleo le dijeron que hubo?

—No sé, lo oí en el trabajo —eludí una respuesta clara—. Hablaban de este cruce. Y de un hombre herido o muerto...

—Le engañaron como a un chino, amigo —rió el negrito—. Aquí no ha pasado nada semejante ni en sueños, se lo aseguro. Lo único que ocurrió anoche fue la presencia de unos borrachos escandalosos, a los que Johnny, el policía de servicio, hizo alejar bajo la amenaza de meterlos en el calabozo. Y eso fue todo, que yo recuerde. Teniendo en cuenta que empiezo el trabajo a las nueve y lo termino a las siete de la mañana, creo que me hubiera enterado de algo así forzosamente, en el supuesto que hubiera ocurrido. De modo que insisto en lo que le dije, amigo. Le tomaron el pelo, eso es todo.

No dije nada. Ataqué la hamburguesa sin el menor apetito. La comida me sabía a estopa, tenía la boca reseca y mi torpeza era aún considerable, sin poder entender nada de cuánto sucedía.

Por un momento, llegué a dudar de mis propias convicciones. ¿Había visto realmente morir a un hombre, o todo era producto de una pesadilla, de un mal sueño?

No, no. Eso era imposible, rechacé de inmediato. Yo había tocado su cuerpo, sin un soplo de vida. Y luego alguien me había atacado por la espalda, golpeándome en la cabeza. El coche descapotable, un De Soto color guinda, existía en algún lugar más allá de mi aturdida cabeza y de mis confusos sueños de aquella extraña noche. Tenía que ser así. Era así, estaba convencido de ello.

Mi visita de este mediodía al puesto de hamburguesas y salchichas del negrito Todd Smithers había sido una idea que se me ocurrió tras la llamada sin respuesta, para comprobar que todo cuanto recordaba era cierto. Pero no se podía decir precisamente que hubiera tenido un gran éxito.

Al parecer, allí no había sucedido nada de nada. O yo estaba loco, o el negrito Todd era ciego, y tonto durante las noches.

Dejé la cervecería sin haber consumido mucho más de media hamburguesa. Todd me cobró el frugal almuerzo con gesto contrariado. Parecía molesto por no haber degustado su especialidad como merecía.

Volví a detenerme ante el punto exacto donde viera la noche antes el cadáver de Ellis. Era como mirar a la Esfinge. Nada de

nada. Seguí mi camino, pensativo. Me detuve en la esquina, parpadeando bajo la luz del sol. Aún no me había repuesto de mi pésimo despertar.

Miré a uno y otro lado antes de cruzar. Cuando lo hice, tuve una rara sensación. Algo así como sentirme vigilado. Al llegar a la otra acera, volví a echar una ojeada en derredor. No vi nada de particular. Los coches pasaban deprisa, con el semáforo abierto, y la gente deambulaba por las aceras sin mirar a nadie, como acostumbra a hacerlo en las grandes urbes, donde nadie le importa un rábano a nadie. Lamenté no encontrarme en mi Spraytown natal, allá en el interior de Indiana, cerca de los grandes bosques y de la naturaleza viva y esplendorosa, con su única calle principal, salpicada de establecimientos, saludando al cartero, al repartidor de la leche, al vecino de enfrente o a los niños de los Ashley, camino del colegio.

Esto era otra cosa. La colmena humana, la jungla de cemento y asfalto donde todos éramos como simples insectos en la loca carrera por llegar a ninguna parte.

De pronto, me sobresalté. Alguien me estaba mirando. Y vestía de uniforme. Era un patrullero de la policía. Había otro a su lado, al volante del coche-patrulla. El semáforo les había hecho detenerse frente a mí, esperando paso. Me estremecí sin saber la causa. Miré de reojo hacia el lugar del crimen. Era absurdo tener miedo a la policía. Lo lógico, incluso, era dirigirse a ellos, hablarles del cadáver de la noche anterior.

Me contuve. Si el crimen fue real, me harían infinidad de preguntas y hasta quizá sospecharan de mí al saber que el muerto y yo éramos compañeros de trabajo en el mismo local.

Y si no había ocurrido más que en mi imaginación, corría el riesgo de ser tachado de loco y conducido a un centro psiquiátrico. Ninguna de las dos posibilidades me gustó demasiado. Opté por inclinar la cabeza y fingir que me miraba la punta de los zapatos. Cuando levanté de nuevo la cabeza, el coche policial se alejaba, avenida arriba, entre un río de vehículos.

Suspiré, echando a andar hasta un cercano puesto de periódicos. Adquirí tres diarios diferentes y me marché hojeándolos apresuradamente. En primera plana no figuraban más noticias que las relativas a una crisis en Oriente Medio, una huelga en Polonia y

un atentado terrorista en algún país de Europa. Nada original, como se ve. Lo pasé de largo y busqué en la sección de sucesos de los tres rotativos, en especial a la hora de cierre de edición.

Nada.

Allí no aparecía la más mínima alusión a la muerte violenta de la Calle Veintitrés. Y eso que aparecía la noticia de un doble asesinato en Brooklyn, descubierto a las seis de aquella mañana.

Irritado, arrojé los diarios a una papelera, me metí en una cabina telefónica y marqué el número del club Notorius. Era algo, pensé, que debía haber hecho mucho antes.

Me respondió Bill, el barman. Acostumbraba a ser el más madrugador en el club. Habitualmente, él se ocupaba de los proveedores, de ordenar las cosas para la noche, y de supervisar la tarea de limpieza de las mujeres encargadas de asear el local.

—¿Quién llama? —preguntó—. El club está cerrado hasta las ocho y...

—Lo sé, lo sé —dije—. Soy yo, Rip Mason.

—Rip, ¿quieres algo especial? —Pareció sorprendido—. Sabes que a estas horas no hay aquí nadie más que yo...

—Sí, Bill. Quería saber si ha habido alguna novedad ahí, si os habéis enterado de algo relacionado con alguno de la orquesta...

—Que yo sepa, no. ¿Es que ocurre algo?

—No, no. No sé aún. Todo es muy confuso. Pero tenía entendido que uno de los músicos había... había sufrido un accidente, Bill.

—¿Accidente? Pues no sé nada de nada. Pero si quieres, llamaré a Rocky a su casa.

—No, no te molestes. Tal vez me informaron mal... —dudé un momento e inquirí—. ¿Casualmente, tienes el teléfono de Ellis?

—¿De Joyce? No, no. No tengo su teléfono. No creo que tenga, siquiera. Y si lo tiene, nunca nos lo facilitó. Ya sabes cómo es él. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso crees que le haya podido ocurrir algo?

—No, olvídalo —suspiré—. Como tú dices, no debe pasar nada. Debe tratarse de un error, Bill. Hasta luego.

Colgué. Todo era cada vez más inexplicable. De haberle sucedido algo a Ellis, era seguro que tendrían que saberlo Crippen, su socio Thorpe e incluso Rocky Wooley, el director del conjunto musical. Aquello carecía por completo de sentido. Empecé a preguntarme si no estaría empezando a ver visiones y cosas que no

existían.

Sin querer, recordé una frase que escuchara la noche antes en el club: «Juro que la próxima vez te mataré, bastardo. ¡Lo juro!».

De repente, esas palabras del elegante Waldo Bellamy, tras su disputa con Joyce, tomaban un significado siniestro, un cariz tétrico. ¿O había sido tan estúpido como para dejarme influenciar por ellas y creer que veía algo que nunca ocurrió?

Sacudí la cabeza, airado, reprochándome a mí mismo:

—No, no, por todos los diablos, Rip. ¡Tú has visto ese crimen y sabes que realmente ocurrió! Nadie puede imaginar una cosa así. Nunca te ha sucedido nada parecido...

Era penoso. Estaba tratando de convencerme a mí mismo de algo que distaba mucho de dar como cierto, de haberlo vivido en realidad aquella maldita noche.

Me metí en un cinematógrafo de sesión continua. No fue una buena idea. La primera película estaba por su mitad y era una aberrante historia de sexo y violencia que me desagradó profundamente. La segunda fue peor. Trataba de drogadictos que imaginaban cosas que no existían. Una bonita chica semidesnuda se inyectaba heroína en diversas ocasiones, y eso me hizo recordar a la hermosa mulata del club, Pearl Laverne, a la que viera inyectarse heroína la noche anterior. Me sentí incómodo y desasosegado en el asiento cuando la muchacha drogadicta, en una de sus crisis, mataba a un hombre con unas descomunales tijeras, y salí del cine mareado por la visión de la hemoglobina que fingía ser sangre humana.

No sé por qué, esa visión escarlata me había hecho recordar dos agujeros de bala en la espalda de un hombre, y unas manchas oscuras, de un rojo muy diferente a aquel de la falsa sangre de la película.

No sé si por simple aprensión, cuando salí a la calle, y la luz de la tarde hirió mis retinas fatigadas y doloridas, alcé mi manga y me miré el brazo, en un gesto instintivo que consideré de lo más estúpido del mundo.

En otra ocasión, eso me hubiera hecho reírme de mí mismo. Pero esta vez me quedé helado. Creo que todo vaciló a mi alrededor.

Porque acababa de descubrir en mi brazo la huella rojiza de un

pinchazo que nunca antes había tenido. Era un pinchazo reciente, directo en la vena. El de un drogadicto.

Empujé la puerta del club casi con la sensación de que abría una cripta funeraria en la que me iba a encontrar con la siempre horrible manifestación de la muerte.

Sin embargo, la primera ojeada al interior no pudo revelar mayor normalidad. Wooley y Bugsy Sparks estaban ensayando unas notas con sus respectivos clarinete y saxo, mientras los demás camareros daban los últimos toques a las mesas. Naturalmente, no estaba Ellis Joyce. Pero tampoco había llegado todavía Perry Graham, el batería. Por tanto, su ausencia aún no significaba nada para los demás. Bill me saludó desde detrás del bar, dando lustre a las copas con auténtica devoción. Crucé hacia los vestuarios, saludando con un gruñido a Neil Thorpe, que intentaba reparar una luz averiada en un rincón. No le pregunté por Joyce. No valía la pena, al menos por el momento.

Me tropecé con Pearl cuando salía del vestuario con uno de sus llamativos vestidos rojos, muy descotado sobre los hermosos senos color canela. Me sacó la lengua, en un gesto de burla airada, y siguió su camino. Al diablo con ella, pensé.

Pero no pude evitar un estremecimiento. Recordé su brazo salpicado de pinchazos. Y en el acto evoqué mi pinchazo, aquel fantasmal rastro dejado por una aguja hipodérmica en mi piel. Yo, que jamás había visto de cerca una maldita droga de ningún tipo y que detestaba esa clase de estimulantes.

En un momento estuve vestido con mi uniforme anaranjado, impecable. Arreglé mi desordenado cabello ante el espejo y me dispuse a volver a la sala para iniciar el trabajo de cada noche.

Cuando iba a hacerlo, observé que no estaba solo en la cámara del guardarropa de servicio. Una mujer me estaba contemplando, indolentemente apoyada en el quicio de la pequeña puerta, como una antigua vampiresa de película en blanco y negro.

—Hola —saludé, sorprendido—. ¿Necesita algo, señorita Floyd?

Después de todo, aunque la hubiera visto la noche antes en brazos de Thorpe, en una escena harto escabrosa, no se podía olvidar que era la amante del jefe, la amiguita de turno de Stuart Crippen. Y Crippen podía llegar a ser muy desagradable si se molestaba con alguien.

—Es posible —dijo ella con un mohín que hizo fruncir sus carnosos labios maliciosamente—. Usted podría ayudarme, Mason.

—¿Yo? —me sorprendí—. Si es así, cuento con ello.

—¿De veras? —Enarcó la ceja y dejó asomar la puntita rosada de su lengua entre los blancos dientes, como en un sutil desafío—. Eso me gusta, Mason. Me gusta mucho que pueda y quiera ayudarme. Sí, necesito algo. ¿Y sabe qué es?

—Espero que usted me lo diga, señorita Floyd —dije empezando a sentirme incómodo cuando ella avanzó hacia mí unos lentos pasos.

—A usted. Le necesito a usted —dijo sin rodeos ahora. Y se colgó de mis hombros con ambos brazos, plantándome su boca en la mía.

Creí que me asfixiaba. Nunca me habían besado tan larga y tan intensamente, y eso que no soy un mojigato, ni el hecho de ser pueblerino significa que no haya tenido mis devaneos con chicas de todo tipo y condición, desde las saludables mozas de Spraytown, mi pueblo natal, hasta las sofisticadas chiquillas que creen que la gran ciudad es suya tan sólo por saberse desnudar ante un extraño.

Al tiempo que sus labios succionaban los míos y sus dientes mordían mi lengua de modo avieso, sentía sus formas duras, lúbricas, apretándose contra mí agresivamente. Era el suyo un cuerpo turgente, cálido, estremecido de deseos.

Me hubiera costado muy poco tomarla allí mismo, como hiciera el socio de su amante la noche antes, y saber si seguía llevando braguitas rojas o de otro color. Pero procuré mantener la mente fría y darme cuenta del peligro que significaba aquella deliciosa, cautivadora y ardorosa ninfómana que era Marión Floyd.

La aparté con un suspiro, procurando que mi sangre latiese con menos violencia en las sienes y que mi naturaleza supiera controlarse lo suficiente.

—Ricura, no quiero líos con el patrón —dije, jadeando aún tras el interminable contacto bucal con aquella hembra voluptuosa que tenía ante mí, y que parecía realmente asombrada al ver mi reacción—. Será mejor que vuelvas a la sala y olvidemos esto. No abundan los empleos en esta ciudad hoy en día. Y sólo tengo una cabeza. Si alguien me la rompe, me costaría mucho esfuerzo encontrar otra de repuesto.

—Oye, Mason, ¿no serás uno de esos que... que no le gustan las mujeres? —preguntó, recelosa, viniendo a llamarme lo mismo que me llamó la morena Pearl Laverne, pero con menos crudeza.

—Pues no, no temas —reí entre dientes—. Si te peleas un día con Crippen, ven a verme y te demostraré que en ciertas cosas no me supera nadie, encanto.

—Demuéstraselo a tu madre cuando eso ocurra, maldito idiota —se enfureció, agitándose violentamente sus poderosos senos—. Yo quiero comprobarlo ahora, no dentro de un año o de diez.

—Lo siento —moví la cabeza negativamente—. No me embarcaré en este viaje contigo, nena. Sería como pedir una plaza en el Titanic.

Me dijo algo gordo y feo entre dientes, y se ausentó, pegando un portazo. Yo me miré en el espejo y arreglé mi cabello de nuevo. Los dedos de aquella fierecilla sensual lo habían dejado despeinado.

Mi querido Rip, o estás portándote como un idiota con todos esos monumentos que se ofrecen rendidos en tus brazos, o ellas van a acabar teniendo razón y valdrá más que te compres un bolso rosa o te hagas del *macho power*^[2].

Abandoné el guardarropa sintiéndome algo avergonzado de ser tan íntegro y tan sereno en situaciones de emergencia. Pearl me había repugnado por la heroína. Marion Floyd era un peligro a causa de su amante, mi propio patrón. Si seguía así, terminaría huyendo de todas las mujeres, y eso no estaba bien.

Cuando llegué a la sala del Notorius, tal y como yo imaginaba, Ellis Joyce seguía sin aparecer. En cambio, Perry Graham ya estaba sentado a la batería, y algo impaciente, Rocky Wooley se sonó dos veces, quejándose de su sempiterno catarro, para indicar al público que iniciarían la sesión con una pieza clásica del género: *Hot Five*, del más puro estilo New Orleans, original del gran Armstrong, el inefable y genial «Satchmo». Para ello, me pidieron que me pusiera al piano, supliendo al ausente Ellis por unos minutos.

Asentí, mientras Rocky comentaba irónicamente al micrófono:

—Señores y señoras, como nuestro gran pianista Ellis Joyce sigue sin dar señales de vida, el polifacético camarero y músico «*amateur*», Rip Mason, ocupará su puesto en esta interpretación.

Me estremecí al enfrentarme al teclado. Me pregunté qué cadáver puede dar señales de vida. El comentario de Wooley no

podía ser más lúgubre, aunque él no lo pretendiera.

Comenzamos a interpretar «Hot Five». Sus notas, perezosas, calientes, tradicionales y puras, llenaron la sala con la magia de su melancolía, con el hechizo de lo sublime. Rocky suplía su clarinete por la trompeta, para hacer los «solos» que el gran Armstrong dejara a la posteridad.

Un tipo bajo, rechoncho, con traje mal cortado y peor planchado, entró en la sala y caminó despacio hacia la barra, tras dirigir una mirada perezosa a la orquesta. Especialmente, me miró a mí. No sé por qué, me recordó a Charles Lauhgton, aunque era algo pelirrojo y menos feo. También algo menos grueso, pero algo en su persona evocaba al desaparecido actor. Parecían dolerle los pies, y observé que calzaba al menos un 46. Preguntó algo a Bill, el barman, y le sirvieron un zumo de frutas que no pagó. O era muy conocido de la casa, o era un policía. Como yo nunca le había visto por allí, me quedé con la segunda conclusión. Era un policía.

Cuando terminamos *Hot Five*, Wooley ofreció a su clientela su versión de *Pequeña flor*, de Bechet, para lo cual regresó a su clarinete, y Bugsy, el saxo, pasó a pianista. Yo volví a mis mesas y mis clientes, agradeciendo sus felicitaciones con una sonrisa de circunstancias.

—Usted no es Ellis Joyce —me dijo bruscamente una voz junto al hombro.

Me volví. Era el tipo de los pies grandes y el parecido a Lauhgton. Dominé un leve escalofrío y negué con mi mejor sonrisa de camarero servicial.

—No, señor —dije—. Soy Rip Mason, camarero y aficionado a la música.

—Ya —dijo, contemplándome con ojos de perro de caza—. ¿Dónde está Joyce?

—¿Y yo qué sé? —Me encogí de hombros—. Supongo que no tardará en llegar.

—¿Acostumbra a retrasarse tanto? —insistió, sin pestañear.

—Bueno, no es demasiado puntual —miré mi reloj de pulsera con desgana—. Pero casi nunca se demora tanto.

—¿Cree que puede haberle ocurrido algo?

—Cielos, ¿cómo puedo saberlo? Mi trabajo consiste en servir a los clientes y en unirme a la orquesta de vez en cuando. No me

pagan por deducir cosas, señor...

—Soy Malone —dijo con sequedad—. Nathan Malone, teniente de policía. División de Homicidios.

No me alteré, pero noté que algo recorría, frío y hormigueante, mi espina dorsal. Como había imaginado, era policía. No había duda que habían hallado el cadáver de Ellis por fin. Pero no sabía a qué venían tantos rodeos, especialmente conmigo. Que yo recordase, no había dado mi nombre cuando llamé a la policía aquella mañana.

—Vaya... —dije, mirándole con fingida sorpresa—. Me asusta usted, teniente. ¿Es que, de veras, le sucede algo malo a Joyce?

—Es lo que trato de averiguar hoy aquí —dijo con aspereza—. Alguien informó a la central de la policía de un presunto asesinato, cometido la madrugada pasada, en el cruce de la Veintitrés y la Avenida de las Américas. Ese asesinato dijeron que había sido presenciado por quién llamaba. Y que la víctima era Ellis Joyce, pianista de este local.

—Dios mío... —De nuevo fingí, ahora angustia y horror—. ¿Y... es cierto?

—Sigo sin saberlo. Nadie ha visto cadáver alguno. Pero un tipo estuvo hoy haciendo preguntas sobre un posible suceso, en esa esquina precisamente, en una cervecería que regenta un negro, aunque el local tenga nombre italiano. Y no era ningún policía, desde luego.

—Pues no lo entiendo, teniente.

—Nosotros tampoco. Por eso estamos haciendo preguntas por aquí. En casa de Joyce no había nadie, pero el portero nos ha dicho que eso es normal, porque él para poco en su domicilio. Sin embargo, si esa información anónima fuera falsa, él tendría que estar ya aquí, ¿no le parece?

—En efecto. Si quiere hablar con Wooley, el director del conjunto, creo que podrá ayudarle mejor que yo —le sugerí, deseoso de que el tipo me dejara en paz de una vez.

—Sí, será lo mejor —aceptó, aunque sin dejar de escudriñarme sin un solo pestaño.

Se iba a alejar ya hacia los músicos, cuando la puerta del club se abrió y entró alguien. Eso, normalmente, no tenía nada de particular a estas horas de la noche.

Yo, sin embargo, me quedé tan boquiabierto, tan estupefacto, tan frío, que incluso el teniente Malone se dio cuenta de ello y giró vivamente la cabeza mirando hacia la entrada del Notorius.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

Yo tragué saliva. Le señalé al tipo que entraba en el club, dirigiéndose con paso firme, seguro de sí mismo, en dirección al estrado de los músicos.

—Ése... ése es Ellis Joyce, el pianista —dije al policía. Y lo malo es que era verdad.

CAPÍTULO IV

Ellis Joyce. El pianista. El hombre asesinado ante mis propios ojos.

No había la menor duda. Era él. Resultaba inconfundible. Su apariencia era totalmente normal, caminaba como él acostumbraba a hacerlo, sonrió vaga y desabridamente a algunos camareros y clientes conocidos, y se sentó ante el piano, haciendo un gesto de disculpa a Rocky Wooley.

Luego, se puso a tocar con su peculiar estilo un número de Fats Waller, *The Good Back*.

El teniente Malone se limitó a fruncir el ceño, estudiar de lejos a Joyce, y regresar a la barra. Preguntó algo a Bill, éste miró con desgana a la orquesta y afirmó con la cabeza.

Noté que estaba frío, con las manos sudorosas, el cuerpo estremecido. Tuve que apoyarme, jadeante, en una columna. El suelo parecía moverse bajo mis pies como si fuese gelatina ondulante.

—Dios mío, no... —gemí—. No es posible... Yo lo vi... ¡Lo vi!

Pero la verdad es que ya no estaba tan seguro. Ya no podía saber si vi aquello o sencillamente lo soñé. Ellis Joyce estaba sano, lleno de vida. Nadie podría estarlo después de recibir dos balazos en la espalda, justo sobre el corazón. Además, recordaba que su carótida estaba paralizada, sin palpitaciones. Sin vida.

Recordé vagamente mi despertar en mi vivienda, la aguja que dejó la señal en mi brazo, la sensación de drogado que capté al salir de mi sopor...

Realidad y fantasía se confundían en mi mente. ¿Era posible que hubiera regresado normalmente a casa, como cada noche, que nada hubiera sucedido, y que posteriormente, el efecto de un narcótico en mi cerebro hubiera creado pesadillas abominables como aquélla?

Ya todo me parecía posible. Lo que sí era real e incontrovertible,

es que Ellis Joyce había acudido, como cada noche, a su trabajo. Que estaba allí, ante mis ojos, vivo y coleando. Y esto sí que no era un sueño ni una alucinación.

—¿Puede bailar con una chica un camarero en horas de servicio?

Me erguí, con un respingo de sobresalto, y miré detrás de mí. La voz femenina, suave, había hecho sobre mí el efecto de un latigazo. Me encontré con una sonrisa suave, una mirada ingenua y sorprendida, y una deliciosa cara de muchacha, enmarcada en cabellos rojos.

—Donna... —dije, recordando mi charla de la noche anterior con la chica de pueblo que bailaba en la gran ciudad para ganarse unos dólares escuchando confidencias de gente solitaria—. Tú, al menos, existes...

—Perdona, no te entiendo —murmuró ella—. ¿Decías...?

—No, nada. No me hagas caso —traté de reaccionar—. ¿Me has preguntado si puedo bailar? Éste es un club informal en ciertas cosas. Un camarero puede tocar el piano o la trompeta, e incluso conceder un baile a una chica bonita. Claro que bailaremos.

Dejé mi bandeja en la barra y tomé a la chica en mis brazos. Bill ponderó con un guiño:

—¡Vaya suerte que tienen algunos...!

Bailamos Donna Keller y yo. Realmente, Bill tenía razón. Era una maravilla llevar a Donna entre los brazos. Era grácil, ligera como una pluma. Sus pasos parecían flotar sobre la pista y sentirla junto a uno era dulce y excitante a la vez. No bailábamos excesivamente apretados, pero de vez en cuando, el contacto de su cuerpo joven y prieto, el roce tibio de su piel sedosa, era como una caricia incitadora y voluptuosa que las mujeres espectaculares, como la morena Pearl, la opulenta Marion Floyd o incluso la bomba rubia que la noche antes trajera Waldo Bellamy al Notorius, no podían ni siquiera igualar. Tal vez porque ellas eran eso: puro sexo, hembras de la especie, en el más puro sentido de la palabra.

Y Donna, no. Aquella muchacha, provinciana como yo mismo, era una mezcla de sencillez, candor y picardía. Lo que convierte en incitante a cualquier cóctel.

—Bailas muy bien —dijo ella, tras un largo silencio.

—Tú también —sonreí.

—Es parte de mi oficio, recuérdalo —hizo un delicioso mohín con sus labios gordezuelos—. Lástima que ya no se estilen concursos de resistencia en el baile, como en los viejos tiempos.

—No digas eso —rechacé—. Era como lanzar caballos a una carrera, hasta reventar. Creo que algún escritor dijo algo así de esas inicuas explotaciones del ser humano, acuciado por la necesidad.

—Hablas muy bien. ¿Eres comunista?

—Dios, no. No sólo los comunistas hablan bien, supongo. En mi pueblo había escuela, ¿sabes? E incluso asistí a ella unos años. Mis padres querían que fuese algo grande. Y ya ves. Ésta es la realidad de lo que soy.

—No está tan mal. Trabajas en Nueva York. Tienes un empleo, un hogar.

—Un empleo mediocre, un apartamento sin familia. ¿A eso le llamas tú tener algo que valga la pena? En cuanto a esta ciudad, es una basura. Todas lo son.

—Lo sé. De todos modos, no recuerdo mi pueblo con afecto ni siquiera así. ¿De dónde eres?

—De Indiana. Spraytown. Una pequeña población. Está en los mapas, eso sí. Pero como si no estuviera. No es gran cosa, Donna.

—Ninguna pequeña ciudad lo es. Pero es donde uno nace. Por eso nos gusta, supongo. Uno evoca cosas lejanas y bonitas, cosas sencillas y entrañables, porque forman parte de la infancia. Y la infancia es siempre lo mejor de una vida, no te quepa duda. Pero te das cuenta tarde, cuando ya eres adulto, Rip.

—Es posible. ¿Tú de dónde eres, Donna?

—Lim Rock, Alabama. Hacia el norte del Estado. Un sitio vulgar, mediocre.

—Como el mío. ¿Te gusta esto?

—¿Nueva York? Lo detesto con toda mi alma. Pero es mejor que terminar solterona y bibliotecaria o empleada de farmacia en Lim Rock, Rip.

—¿Seguro? —dudó él—. Yo hubiera preferido quedarme en la Cámara Agrícola. Tuve una oportunidad. La cogió un vecino mío, un pecoso llamado Sam Spangler. Supe que se casó y tiene cuatro hijos y una pequeña granja. Es feliz, al parecer.

—¿Lo hubieras sido tú?

—No sé. Es posible. Pero eso ya no tiene remedio —rió él entre

dientes—. Tú y yo estamos aquí ahora, bailando... Eso sí que cuenta, Donna. Porque es el hoy, el presente, lo que podemos coger con la mano.

—Dentro de unos minutos, será el pasado. Y nadie coge ya el pasado con la mano.

—Tú tampoco hablas mal. Hay filosofía en lo que dices.

—Filosofía barata, supongo —se echó a reír, apretándose algo más a mí, creo que sin darse apenas cuenta—. Pero yo también estudié algo. No mucho. Lo suficiente. Para lo que hago aquí, incluso demasiado.

—Nunca es demasiado. Habrá otras oportunidades.

—¿Tú crees? —dudó ella. Y de pronto cambió de idea y de tema—. ¿Cómo está tu amigo, tu compañero de apartamento? ¿Sabes algo de él?

—¿De Mike? No, no. Nada nuevo. Supongo que seguirá su período de recuperación. Es cierto, te hablé anoche de ello, ahora recuerdo... —Me puse repentinamente serio—. Por cierto, Donna, quisiera preguntarte algo.

—¿Sí? —Me miró con sus hermosos, profundos ojos pardos, muy vivamente—. ¿Qué es, Rip?

—Donna, anoche, cuando hablamos al salir de aquí... ¿te parecí... no sé... algo raro?

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Pues... no sé. Es difícil explicarlo. Así como bebido... o drogado. Anormal, supongo.

—No, no. No me pareciste nada de eso. Me encantó hablar contigo. Por eso estamos bailando ahora. ¿A santo de qué viene esa pregunta ahora, Rip?

—Eso quisiera saber yo —rezongué, confuso—. Verás, es algo raro... que me pasó anoche, al dejarte. Te dije que iba a casa andando, ¿verdad?

—Sí, eso dijiste —me contemplaba como si no entendiera a qué venía todo aquello, y la verdad es que tenía toda la razón para pensar así—. ¿Te ocurre algo, Rip?

—No, supongo que no. Pero anoche, sí. Me ocurrió algo. O, cuando menos, eso pienso yo. ¿Sabes, Donna? Creo... creo que vi morir a un hombre.

—¿Qué? —La noté entre mis brazos, repentinamente

estremecida, como si sufriera un violento sobresalto. No había para menos con esas palabras mías—. ¿Qué dices, Rip?

—Bueno, no estoy seguro de nada —jadeé—. Es todo tan confuso... Creo que te dejé y fui hacia casa caminando. De pronto, vi que mataban a alguien a tiros. Acudí, toqué un cadáver...

—Cielos, Rip —el miedo había asomado a su rostro. Incluso dejó de bailar—. Habrás avisado a la policía...

—Lo intenté. Pero resulta que donde yo vi un cadáver, no había nada. Nadie vio ni oyó nada, no hay cuerpo alguno, y... todavía más. El supuesto asesinado... está ahora ahí, tocando el piano...

Ella se volvió, mirando a la orquesta. Enarcó sus cejas color cobre, perpleja la expresión. Me miró como si dudase de mi razón.

—¿Te refieres a Ellis Joyce, el pianista? —musitó.

—Sí, Donna —gemí—. A él me refiero. Estaba muerto anoche. Hubiese podido apostar la cabeza por eso. Pero era mentira. Era falso. No hubo nunca asesinato, ni cadáver, ni nada de nada. Ellis está ahí, como cada noche. Yo no vi nada de cuánto creí ver...

—Supongo que no estás bromeando sobre algo tan horrible, Rip...

—No, claro que no. Es lo último que haría en este mundo Te juro que creía estar seguro de todo. Y de repente... es como un castillo de naipes que se viene abajo. Los muertos no tocan el piano ni sonríen, ni andan por ahí como si tal cosa. Me pregunto si estoy loco, o si alguien, anoche, me drogó.

—Espera, Rip —dejamos de bailar y me llevó hacia la barra—. Hablemos seriamente. Si soñaste eso, tuvo que haber un despertar...

—¿Si lo hubo? —Reí huecamente entre dientes—. Vaya si lo hubo, Donna. Un pésimo despertar. En mi casa, sin acordarme de nada, sin saber qué había sucedido, herido en la cabeza, acostado en mi cama... y con la señal de una jeringuilla hipodérmica en mi brazo.

—¿Eres... eres drogadicto? —musitó, mirándome alarmada.

—Claro que no —rechacé—. Ni siquiera he fumado jamás un maldito «porro». No me gustan los alucinógenos. Los detesto. Desprecio a quien los utiliza.

—Entonces, no lo entiendo... —Miró a un tipo grasiento que sonreía, mostrándole un billete de diez dólares desde una mesa, con gesto implorante—. Lo siento, Rip. Creo que tengo «trabajo»... Y tú

también debes cuidar de tus clientes. Hablaremos luego de todo eso, si te parece. Pero es posible que te ocurriese algo, que alguien te inyectara sin tú saberlo... y vieras lo que creíste ver. No existe otra posibilidad, ¿no?

—Claro que no —me lamenté—. Estando ahí Ellis Joyce al piano, lleno de vida, ¿qué otra posibilidad podría existir? Nos veremos luego, Donna. Y gracias por todo...

—No digas eso —sonrió ella, apretándome el brazo—. Cálmate. Todo se aclarará, estoy segura. Hasta luego. Anima esa cara, hombre. No te va el gesto a lo Bogart.

Se alejó para bailar con el grasiento tipo de los diez dólares, para escuchar sus confidencias y ser pisoteada implacablemente durante unos minutos. Extraño trabajo el de aquella chica, pensé encaminándome a unas mesas con nuevos clientes para atenderlos.

Me sorprendió encontrarme de repente con un par de generosísimas y esplendorosas ubres apenas encorsetadas en un traje de noche verde y oro, emergiendo a medias en triunfal exhibición carnosa, y por encima de ese escaparate inconmensurable, un rostro sensual, muy maquillado, y una melena platinada inconfundible. Hubiera lanzado una exclamación de entusiasmo, de no ser porque al lado de aquel ejemplar femenino de primera categoría y gran calibre, estaba Waldo Bellamy en persona, frío y distante, con una mirada glacial en sus ojos color café. Lucía esta noche un *smoking* impecable, de tono mostaza, camisa *beige* y lazo marrón oscuro.

—Por favor, dos *manhattan* —pidió con sequedad—. Y pronto.

Asentí. De soslayo, miré a la rubia. Su mirada se cruzó con la mía. Era azul oscuro, vivaz y maliciosa. Sus labios gruesos eran tentadores y cargados de sensualidad.

Me alejé, recordando su pelea de la noche antes con Ellis Joyce. Miré al pianista. No parecía excesivamente nervioso. Ni siquiera miraba a su rival de veinticuatro horas antes. Bellamy, en cambio, le dirigió en ese instante una mirada fulminadora. Temí que volvieran a enzarzarse en una pelea.

—Será mejor que estemos alerta —susurré a Bill en voz baja—. Ese tal Bellamy sigue dirigiendo miradas asesinas a Joyce...

—Ya hemos tomado nota de ello —asintió mi compañero—. El jefe ha dispuesto todas las medidas habituales de seguridad.

Vi que, en efecto, Crippen y su socio Thorpe disponían a varios camareros discretamente, no lejos de Bellamy ni de la orquesta, prestos a intervenir, y me sentí más tranquilo. Pero no podía dejar de pensar que todo aquello era como si fuese por completo absurdo. Para mí, Ellis Joyce estaba muerto. Pero no. La realidad era que allí continuaba Ellis Joyce tocando el piano, Bellamy aborreciéndole cordialmente y el aire cargado de electricidad.

Pearl Laverne subió a cantar en esos momentos, y Bellamy puso toda su atención en ella. Valía la pena. Aunque fuese una maldita drogadicta, era una cantante de primera clase. Fascinaba oír su voz pastosa y grave, entonando *blues* de New Orleans o las variaciones del

«be-bop»

de «Dizzy» Gillespie. Incluso olvidé sus brazos acribillados a pinchazos, por el simple placer de escucharla.

Durante un buen rato, hubo exceso de trabajo en el club, y me olvidé de todo, incluso de mis propios problemas mentales, de mi supuesta pesadilla, de aquella visión atormentadora de la muerte violenta de Ellis Joyce, el hombre que continuaba lleno de vida.

Creo que poco a poco, iba haciéndome a una idea concreta: todo había sido imaginado. Lo soñé o tuve una alucinación. Pero, en ese caso, había un espacio en blanco en mi vida: aquel comprendido entre el momento que dejé a Donna Keller la noche antes, y el instante de despertar, drogado, en mi propia cama.

Ni vi ya ni rastro del teniente Malone en toda la noche. Imagino que después de ver vivito y coleando al supuesto «cadáver» de su informador anónimo, se le habían quitado todas las ganas de continuar paseando sus cansados pies por el Notorius.

Terminada la sesión nocturna, me encaminé a los departamentos de personal para cambiarme y salir a la calle. Como cada noche, vi salir a Wooley, a Sparks, a Graham y, por supuesto, a Ellis Joyce, con un rutinario «buenas noches, hasta mañana», quedándose paulatinamente vacío el local. Esta vez no hubo enfrentamientos ni reyertas. Bellamy se marchó con su espléndida rubia sin provocar conflictos.

Estaba ya vestido de calle, dispuesto a dejar el club como cada noche, con la vaga esperanza de que encontraría a Donna Keller a la salida, cuando me pareció oír el grito ronco, ahogado, en alguna

parte de las dependencias de servicio del club.

—¿Qué ocurre? —pregunté, alzando la voz y volviéndome hacia la puerta abierta—. ¿Hay alguien ahí?

No contestó nadie. Avancé unos pasos y me asomé. Parecían haberse marchado ya todos: músicos, camareros y personal empleado. Posiblemente estarían en la barra Bill y Thorpe, repasando las cuentas, como máximo. Sin embargo, estaba seguro de haber oído ese grito breve, apagado. Ante el total silencio que reinaba, sin embargo, en aquel ala del edificio, pensé que quizá había sido en otro punto y me estaba volviendo demasiado impresionable.

De repente, el chasquido seco de un vidrio al romperse me puso rígido. No, esta vez no había dudas. Ese sonido procedía de aquella zona reservada al servicio. Y no muy lejos de mí.

—¡Responda! —grité con voz potente—. ¿Qué pasa ahí? ¡Vamos, conteste de una vez quien sea!

Sin saber la razón, me sentí nervioso. Más aún, alarmado, inquieto por algo que me resultaba indefinible. Aprensiones vagas y oscuras, temores que flotaban en mi cerebro como sombras siniestras, me hacían avanzar ahora paso a paso, con los nervios en tensión, hacia la zona de sombras situada más allá del guardarropa del servicio. Vagamente, se vislumbraba en la penumbra las cajas de botellas de licor apiladas, virutas de embalajes, paquetes de folletos jamás repartidos, estanterías con copas y vasos de repuesto y todo cuanto puede almacenar un local como el Notorius en su trastienda.

Instintivamente, empuñé una de las botellas de licor por su gollete, a guisa de arma. Si algo imprevisible sucedía, estrellaría esa botella en la cabeza de alguien y aún me quedarían en la mano los vidrios astillados como defensa contra cualquier emergencia. Acaso mi sueño, mi pesadilla o lo que hubiera sido mi visión del inexistente asesinato de Ellis Joyce, me impulsaba a dudar ya de todo, a preguntarme, incluso, si estaba viviendo otro espantoso sueño de sangre y de violencia, o si empezaba a imaginarme cosas y terminaría con una camisa de fuerza, en cualquier centro psiquiátrico del país.

Lo cierto es que ya no percibí ruido alguno en derredor mío. Un extraño y pesado silencio, más excitante acaso que ruidos o voces, se cernía sobre el oscuro almacén trasero del club.

—¡Insisto! ¿Quién anda por aquí jugando al escondite, maldita sea? —Gruñí, no sé si esperando una respuesta o para animarme a mí mismo con mi propia voz.

Pero tampoco ahora hubo contestación alguna. El silencio empezaba a resultarme sofocante e irreal. Como una amenaza latente pero inconcreta. Una amenaza ¿de qué, pensé, incómodo y preocupado?

Rodeé unas estanterías de cristalerías, tras las cuales había creído oír antes aquellas señales de una presencia humana. Recordé que por allí había algún interruptor de luz, lo busqué a tientas, di con él y lo giré bruscamente, alzando mi botella dispuesto a todo.

Lancé una sorda imprecación. Luego, el horror y la incredulidad me invadieron con una oleada glacial que batió mi cerebro como una marea espantosa. Alucinado, retrocedí, tambaleándome y pegando mi cuerpo contra la estantería. Los vidrios allí alineados emitieron apagados y tétricos tintineos.

La botella escapó de mi mano haciéndose mil pedazos en el pavimento. Una vaharada de buen *bourbon* subió hasta mi olfato, pero no le hice el menor caso. Mis ojos, mi mente, todo mi ser, se concentraban en ese momento en una sola cosa.

En el cuerpo sin vida tendido a mis pies.

Era un cuerpo bañado en sangre, con los ojos horriblemente dilatados, mirándome desde las tinieblas eternas del otro mundo. Alguien le había cortado el cuello de oreja a oreja, y el degollamiento resultaba atroz. El rojo de la sangre oscurecía el otro tono rojo brillante de su vestido.

Era Pearl Laverne, la mulata drogadicta.

CAPÍTULO V

Esta vez no había dudas.

No se trataba de un sueño, de una pesadilla. La muerte era real, tremendamente real. Se trataba de Pearl. Y estaba muerta, desangrándose por aquella terrible herida mortal.

Me estremecí, sin saber qué hacer, sintiendo unas profundas náuseas. Tuve que apoyarme en la estantería con más fuerza, notando que mis rodillas temblaban, a punto de doblarse.

—Cielos, ¿qué sucede aquí? —gemí roncamente entre dientes—. ¿Qué significa este horror?

Pero naturalmente, Pearl no podía responderme. Los muertos nunca lo hacen.

Lo único que se me ocurrió en ese momento fue tomar otra botella, pero no como arma contra nadie, porque no había a mi alrededor señal alguna de vida, sino para descorcharle su tapón a rosca y beber glotonamente su contenido.

El largo trago de alcohol no me sentó muy bien en el estómago pero, cuando menos, me hizo recuperar en parte de mi aturdimiento, dándome alientos. Me erguí, respiré hondo y examiné a Pearl nuevamente, tratando de mostrarme sereno.

Era obvio que iba hacia su propio guardarropa cuando fue atacada por alguien que, sin duda sujetándola por atrás, rebanó su pescuezo sin miramientos, de oreja a oreja.

En sus hombros era visible la huella de una ruda presión, sin duda la ejercida mientras era degollada. Lamenté haber sido algo brusco con ella anteriormente.

Pero eso no la ayudaría ya en nada. Supongo que todos lamentamos siempre habernos comportado mal con los que han muerto.

Me arrodillé junto a ella, observando que su mano derecha apretaba con fuerza algo que no era visible a causa de la presión de

sus dedos, hincando las largas uñas en la palma.

Cuando una persona está muerta, resulta difícil mover sus miembros, pero yo lo intenté y, a base de mucho esfuerzo, logré mover dos de sus dedos, viendo algo entre ellos que me dejó sorprendido. Era un objeto pequeño, cristalino y de un brillo pasmoso, casi cegador, pese a la escasa claridad de la bombilla del almacén.

Tragué saliva e insistí con un tercer dedo de la infortunada mulata, logrando por fin vencer su férrea presión. El objeto rodó por el suelo, hasta detenerse golpeando suavemente la puntera de mi zapato. Me quedé fascinado mirándolo.

Era un diamante.

Pequeño, pero el más radiante, limpio y luminoso que recordaba haber visto jamás en mi vida. Su faceteado era pulcro y perfecto. Cada cara de la pequeña gema, era un espejo cegador donde se quebraba la luz en un irisado bellísimo.

Me incliné. Lo recogí con lentitud, contemplé sus facetas centelleantes y luego lo guardé en mi bolsillo con rapidez. No sabía por qué lo hacía, pero lo cierto es que lo hice, y que en esos momentos no me guiaba en absoluto la codicia. No pretendía lucrarme quitándole algo a un cadáver. Lo único que hubiera deseado saber en estos momentos, es quién mató a Pearl, para romperle la cara a puñetazos antes de entregarlo a la policía.

—¡La policía! —musité, aturdido, reaccionando ante esa idea—. Cielos, debo avisarles...

Recordé vagamente al teniente Malone. Él era de Homicidios, por tanto a él correspondería este asunto, como pudiera haberle correspondido, de ser cierta, la muerte de Ellis Joyce, nuestro pianista. Sí, en aquella ocasión, el supuesto asesinato no pasó de ser una inexplicable pesadilla, esta vez la cosa era muy distinta: allí existía un cadáver auténtico.

Estaba seguro de no soñar ni de estar sometido a droga alguna.

Me encaminé, todavía tambaleante, al teléfono más próximo, situado al fondo del almacén. Lo descolgué. Marqué el número que figuraba en la lista de emergencias adherida junto al mismo sobre el muro.

Una vez establecida comunicación con la central policial, pedí por Homicidios y di una breve y seca información:

—Es una llamada desde el Notorius. Hay una persona asesinada aquí, en el almacén. Se llama Pearl Laverne y era cantante del club... La han degollado. ¿Mi nombre? Sí. Mason. Rip Mason, camarero del establecimiento...

El teniente Nathan Malone terminó el examen ocular del escenario del crimen. Dejó allí a sus hombres, ocupados en fotografiar y buscar huellas, y vino hacia mí con sus pesados andares de eterno hombre cansado. Ésa debía de ser una sensación engañosa, porque sus agudos ojillos parecían siempre alerta y sus sentidos muy despiertos bajo su apariencia pesada y lenta.

—¿De modo que usted encontró el cadáver? —me dijo, estudiándome sin particular emoción en su gesto o su mirada.

—Sí, teniente —afirmé.

—Y esta vez sí fue verdad.

—Perdone, no lo entiendo... —fingí, dominando un estremecimiento.

—No importa —se encogió de hombros, anotando algo en su agenda de tapas de hule—. ¿Dijo llamarse Rip Mason y ser camarero de este local?

—Así es.

—Pero yo le vi tocar la trompeta...

—A veces lo hago —sonreí—. La trompeta, el piano... Simple aficionado.

—Ya —volvió a anotar—. ¿Conocía bien a la chica?

—¿A Pearl? Sí, bastante bien. Tenía el genio vivo, pero era una buena muchacha.

—¿Sabe que era drogadicta? —me espetó.

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Está acribillada a pinchazos.

—Nunca me fijé en eso —mentí—. ¿Puede ser importante?

—Puede serlo. Algún otro drogadicto o proveedor pudo ser el asesino. ¿No le habló nunca de posibles enemigos a quienes temiera?

—No. No nos hablábamos demasiado, la verdad. Éramos sólo compañeros, no amigos.

—¿Nunca la vio pelearse con nadie en particular?

—No, nunca, teniente.

—¿No vio usted a nadie abajo, antes o después del asesinato?

—Pues no. Sólo a los camareros y músicos, que iban o venían a sus vestuarios, y nada más. Lo habitual.

—Usted era el último en salir del guardarropa.

—También fui el último en entrar. Estuve recogiendo cosas arriba, Bill se lo puede decir. Bill es mi compañero, el barman.

—Entiendo. ¿Cree que ella iba sola hacia su camerino?

—No puedo saberlo. Oí roce de pisadas, pero no sé si eran de ella o de otra persona. O de dos a la vez. Luego capté un gemido, algo así como un grito ahogado... Eso fue todo, teniente.

—Tal vez escuchó las pisadas del asesino. Ella tenía que taconear. Sus zapatos son de tacón muy alto y fino. Producen un sonido especial al caminar.

—Si es así, no lo recuerdo —admití, pensativo.

—Está bien. No me sirve de mucha ayuda, Mason. Pero no parece culpa suya. ¿Tocó algo al hallar el cuerpo?

—No —mentí con rapidez, muy sereno—. Conozco mis obligaciones de buen ciudadano, teniente.

—Está bien —suspiró, cenando su agenda—. Eso es todo, gracias. Si necesito saber algo más, le preguntaré más tarde... Una última cuestión, Mason: ¿rompió usted la botella que hay en el suelo?

—Sí —afirmé—. La empuñé como arma al interpelar y no contestarme nadie.

—¿Por qué temía usted algo? —indagó curiosamente el policía.

—No sé. Algo instintivo, supongo. Luego destapé otra botella. Fue para tomar un trago y recuperarme del susto.

—Muy lógico —admitió con su parsimonia habitual—. Puede irse a su casa, si quiere. Por esta noche, he terminado con usted, Mason. Gracias por todo.

Se dirigió adonde estaban, muy pálidos, Crippen y su socio y administrador, Thorpe. Marion estaba en la barra, tomando algo para reanimarse. Algunos camareros y músicos ya estaban ausentes. Oí a Malone pedir sus señas para enviar a buscarles de inmediato.

Al salir me encontré con Donna Keller. Ella ya había salido del club sin necesidad de atender interrogatorio alguno. A fin de cuentas, ella era una cliente más, y no había salido del local en toda la noche.

Nos miramos los dos, parados en la acera. Estaba empezando a

lloviznar ligeramente. Subí el cuello de mi gabardina. Ella lucía un sobretodo azul, anudado a la cintura, y una graciosa boinita de igual color, al estilo francés. Parecía preocupada y triste.

—Pobre Pearl... —musitó al fin, sacudiendo su pelirroja cabecita.

—Sí —asentí—. Pobre Pearl.

No era muy original, pero no se me ocurrió otra cosa. Creo que en esos momentos, ambos nos mostrábamos igualmente aturridos e impresionados por lo ocurrido.

Echamos a andar calle arriba sin necesidad de ponernos de acuerdo, haciéndolo el uno al lado del otro, casi con parsimonia. Las luces de la urbe, en la madrugada, brillaban fríamente a través de la fina cortina de llovizna. La ciudad seguía siendo alrededor de nosotros como un helado monstruo de formas cuadrangulares y rígidas, dispuesto a abatirse sobre sus indefensas víctimas. Pearl, quizá, era sólo una de tantas en la crónica negra y triste de la gran urbe.

—¿Quién crees que pudo hacer algo tan espantoso? —dijo apagadamente Donna, tras recorrer una corta distancia en silencio.

—¿Quién puede saberlo? —Me encogí de hombros—. Es tan difícil acusar a alguien de una cosa así... Lógicamente, ninguna de las personas que conozco y trato a diario en el club podría parecer un criminal capaz de algo así, pero esas cosas nunca se saben, Donna...

—Sí, supongo que tienes razón —suspiró ella afirmando con la cabeza—. Una vez oí decir a alguien que todos podemos ser asesinos...

—Quizá tenía razón. Después de todo, un asesino es también un ser humano, y su apariencia no tiene por qué ser distinta a la de los demás. Pero tengo miedo, Rip...

—¿Miedo? No hay por qué, Donna. Tal vez haya un motivo que condujo a Pearl a la muerte, no sé... Ella se drogaba, acaso conocía a gente poco recomendable... En fin, no tienes por qué inquietarte. Tú eres distinta. Y debes procurar seguir siéndolo mientras puedas, créeme.

Llegaron a un cruce por el que no circulaba coche alguno. El ámbar de un semáforo, hacía guiños en la solitaria coche. Rip escuchaba el suave taconeo de Donna, caminando a su lado.

Recordó lo que dijera el teniente. Y dijo de pronto:

—Sí, seguro que oí caminar solamente al asesino.

—¿Qué dices? —se extrañó ella.

—Oh, perdona. Pensaba en voz alta —me excusé—. El teniente Malone dijo algo sobre las pisadas que escuché en el almacén. Tenía razón. Los tacones de un zapato como el tuyo suenan diferente. Eran pisadas de hombre las que oí, seguro. Pearl debía de estar quieta cuando él llegó... y la mató.

Cruzaron la calzada. Al llegar al otro lado, se detuvieron junto a una farola que derramaba un halo de luz lechosa sobre el asfalto ya levemente mojado.

—¿Vamos a tomar una copa a alguna parte, Donna? —ofrecí.

—¿Hay algún sitio recomendable abierto a estas horas? —dudó ella.

—Conozco uno cerca de casa —asentí—. No cierra en toda la noche. Y es bastante aceptable, dentro de todo.

—Entonces, hecho —asintió con cierto entusiasmo—. Cualquier cosa menos ir a dormir ahora. Creo que no podría conciliar el sueño.

Nos encaminamos rápidamente, cogidos de la mano, en dirección al lugar escogido. No llegamos demasiado lejos, ésa es la verdad.

De súbito, el coche se detuvo junto a nosotros con un leve chirrido de frenos accionados bruscamente. Una mano abrió la portezuela con celeridad, cerrándonos el paso junto a la pared. Esa misma mano, enguantada, nos encañonó con una automática provista de silenciador.

—Arriba —ordenó una voz glacial—. Suban sin oponer resistencia... o disparo.

No podíamos hacer otra cosa que la que hicimos: subir al coche.

Donna mostraba su terror en el gesto. No se lo reproché, porque ahora sí tenía motivos sobrados para estar asustada.

—Serénate —murmuré a su oído—. Todo saldrá bien.

—Tú, cotorra, cierra el pico o te lo coso a balazos —me avisó sin contemplaciones el mismo tipo que nos obligara a subir al automóvil.

Decidí enmudecer. Los puntos de sutura de una herida acostumbraban a ponerme enfermo. Conque una costura a balazos

debía ser bastante peor aún. Nos acomodaron en el compartimento posterior, y el tipo del arma silenciosa se sentó junto a Donna. A mi lado estaba ya otro fulano, tan provisto de artillería como el primero, y los cuatro parecíamos bastante incómodos allí embutidos, pese a la amplitud del suntuoso modelo de coche que servía para aquel doble secuestro.

El tercer hombre, sentado al volante, puso en marcha el vehículo sin esperar instrucciones de nadie. Rodamos a buena velocidad por la ciudad semidesierta, sobre el asfalto mojado por el riego.

—Y bien —dije al fin, aun a riesgo de nuevas amenazas—. ¿Qué quieren de nosotros?

—Pronto lo sabrás —dijo el que llevaba allí la voz cantante—. Pero deberías imaginarlo.

—Pues confieso que no lo imagino.

—¿No? —El otro enarcó las cejas, malhumorado—. Diamantes, nene.

Diamantes. Me estremecí. Recordé en el acto lo que encontrara entre los dedos de la pobre Pearl. Lo que yo mismo llevaba ahora estúpidamente encima de mí. Tan estúpidamente que posiblemente ni a aquellos patanes se les ocurría semejante idea, y sólo me cachearon para ver si iba armado. No se les pasó por la mente buscar en mi persona diamante alguno.

—¿Diamantes? —repetí—. No entiendo ni palabra, amigo.

—Yo no soy tu amigo, nene —me avisó fríamente el tipo—. Cuidado con tu cochina lengua, ¿está claro? Si hablas, que sea para decir algo interesante como, por ejemplo, dónde tienes los diamantes que la mulata te entregó, antes de morir.

—¿Qué diablos están diciendo? —protesté airadamente—. A mí nadie me entregó nada. Cuando encontré el cuerpo de Pearl Laverne, tenía menos vida que mi difunto bisabuelo. No podía darme nada, porque estaba muerta. No sé qué diablos significa eso de los diamantes, ni me importa. Yo sólo soy un camarero que toca por afición la trompeta, y nada más, ¿está bien claro?

—Sí, nene —me espetó con su desagradable modo de dirigirse a mí—. Está bien claro que alguien va a entretenerse esta noche en sacarte el pellejo a tiras.

No me gustó lo que dijo ni cómo lo dijo. En realidad, nada de todo aquello me gustaba lo más mínimo. Aunque yo jurase y

perjurase que no sabía nada de los diamantes —y eso, cuando menos, era bien cierto—, nadie de aquella pandilla iba a creerme. Pero si les daba el único que tenía en mi poder, todavía me creerían menos y considerarían que trataba de jugar mi propia baza en tan oscuro asunto.

Aquello cada vez tenía peor color. Si no podíamos escapar Donna y yo del lío, íbamos a pasarlo muy mal. Muy mal.

Desesperado, en silencio, estrujé mi mente en busca de una solución que no significara convertirnos a Donna y a mí en un colador. Y de repente, como algo milagroso, se presentó la única, la dorada oportunidad que me era dado esperar.

Nos detuvimos en un semáforo en rojo. A nuestro lado, lo hacía en esos momentos un coche patrulla de la policía. Sus agentes nos miraron curiosamente por la ventanilla. Sentí que la pistola silenciosa casi me perforaba el hígado.

—Cuidado —avisó el hombre—. Un solo error, nene, y te atravieso de lado a lado.

—No estoy loco —me limité a replicar agriamente.

Pero sí lo estaba. Y se lo iba a probar en un momento. Lo único que realmente me preocupaba en esos momentos era la integridad física de Donna, que aún no había despegado los labios, demasiado asustada sin duda para reaccionar ante tal situación.

El semáforo cambiaría en menos de diez o doce segundos, pensé. Era todo el tiempo de que disponía. Aquel coche patrulla era nuestro mejor salvoconducto a la libertad, si es que había alguno. Era posible que nuestros raptos fanfarroneasen demasiado. Cabía una posibilidad de que no se atreviesen a disparar. Y si lo hacían... quizá era mejor que ser torturado y luego arrojado al río con un bloque de cemento a los pies.

Ahora sabía que todo esto no era una pesadilla, sino algo real, muy real. Posiblemente cometí un error inexplicable en el inexistente asesinato de Ellis Joyce, pero no lo cometía con el de Pearl Laverne, la existencia de unos diamantes y nuestro doble secuestro.

De modo que hice mi locura.

De repente, emití un grito agudo, vibrante, y abrí la portezuela, pasando mi brazo por encima del tipo que me amenazaba con su automática silenciosa.

Le dejé tan estupefacto, que me miró con ojos desorbitados, su dedo tembló en el gatillo, sin atreverse a disparar, y yo salté, no sé aún cómo, por encima de su cuerpo, lanzándome al asfalto y tirando violentamente de la no menos sorprendida y asustada Donna, mientras mi voz, con toda potencia, procuraba llegar nítida a los oídos de los también sorprendidos policías:

—¡No os soporto más, estúpidos! —clamé—. ¡Estáis borrachos y vais a estrellar el coche en cualquier momento, idiotas del diablo! ¡Mi novia y yo nos largamos, os guste o no! ¡Y si pretendéis obligarnos a seguir esta disparatada correría, avisaré a la policía para que os meta en cintura!

Los agentes ya estaban pendientes de nosotros, ¡y de qué modo! Uno de ellos alzó un brazo perentoriamente y avisó con voz potente:

—¡Eh, ustedes! ¡Deténganse ahí, y aparquen junto a la acera!

Y su compañero viró la ruta del vehículo para interceptar el automóvil de nuestros captores. Oí las imprecaciones de ira de éstos, que no sabían siquiera qué hacer con sus armas. Los patrulleros habían cerrado el paso al coche, y se disponían a venir hacia nosotros resueltamente, con la mano muy cerca de la culata de sus revólveres reglamentarios.

—¡El diablo os lleve, volveremos a encontrarnos! —masculló el tipo que me llamaba «nene», mirándome con odio homicida. Pero me dejó saltar sobre él, ayudar a Donna a hacer lo mismo, y alcanzar la acera. Luego, ellos emprendieron veloz carrera, saltando inesperadamente sobre la propia acera, para meterse como una centella en el cruce inmediato, con un viraje que casi hizo volcar a un camión camino de los mercados.

Los policías, con una imprecación de disgusto, corrieron de nuevo a su coche y se precipitaron en pos de ellos, haciendo aullar endiabladamente su sirena.

—¡No se muevan de aquí! —me voceó uno de los agentes—. ¡Llamamos a otro coche patrulla para que les recoja y le informen sobre esos tipos!

Desaparecieron como un bólido, detrás de los fugitivos.

Donna jadeó, muy pálida, mirándome con preocupación con sus bonitos ojos.

—Cielos, pudieron matarnos —susurró, aún amedrentada.

—Pudieron, sí. Pero no lo hicieron. Había que jugar fuerte, Donna —expliqué—. No me gustaba la idea de seguir en su poder.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Cualquier cosa menos esperar a ese coche patrulla y dar explicaciones.

—¿Por qué, Rip? —Abrió mucho los ojos, mirándome son asombro—. Es la policía...

—Por eso mismo. Iba a ser una situación embarazosa. Y lo malo es que no entiendo nada de nada. Es mejor levantar el vuelo, créeme. Nos vamos de aquí ahora mismo.

La tomé por un brazo y eché a andar rápidamente, buscando un taxi en la esquina más próxima. Cuando nos acomodamos en él, le di una dirección, la de un bar que conocía, habitualmente abierto toda la noche. Luego, respiré aliviado.

—Y ahora —dije—, a ver si nos dejan tranquilos por el momento...

CAPÍTULO VI

Nos dejaron tranquilos, eso sí. Demasiado tranquilos.

No sé cómo sucedió. Quizá como siempre suceden estas cosas. Lo cierto es que, sólo dos horas más tarde, Donna Keller y yo estábamos no en el bar donde tomamos una copa para recuperarnos, sino acostados juntos, en la cama de un hotel de segunda o tercera categoría, entregándonos mutuamente con bastante calor y apasionamiento para ser virtualmente unos recién conocidos.

Ella era fácil de provocar esa clase de sentimientos en un hombre. En cuanto a mí, respecto a ella... no sé. Parecía bastante complacida con mi compañía. Eso es todo lo que puedo decir.

Fumamos ambos en silencio, tras unas horas en que estuvimos demasiado ocupados para pensar en los cigarrillos ni en ninguna otra cosa. Sólo una sábana nos cubría. Un luminoso parpadeante, de color rojo, centelleaba al otro lado de la ventana entreabierta, con persiana graduable, dibujando nuestras sombras en la pared de forma espasmódica. En alguna parte, sonaba una música perezosa, como cansina, procedente de algún tocadiscos demasiado madrugador... o excesivamente trasnochador. Estaba empezando a clarear, allá por los edificios que ocultaban el East River.

—Pensarás que soy una cualquiera, Rip... —musitó ella, sin mirarme.

Dejé subir hacia el mugriento techo unas volutas de humo azul. Miré a Donna con fijeza. La sábana dibujaba descaradamente sus pechos, de pezones endurecidos, sus caderas y vientre, la longitud plena de sus muslos. Despeinados sus rojos cabellos, seguía siendo una muchacha encantadora, con una belleza sencilla y casi infantil. Era como si hubiéramos hecho el amor en el granero de Lim Rock, su pueblo natal, o en un cobertizo de Spraytown, mi ciudad. El sórdido hotel, la luz pestañeante de color rojo y la música lánguida

apenas si contaban para mí.

—No digas tonterías —suspiré—. Eres una chica maravillosa.

—Y demasiado fácil —sonrió—. Al menos para ti, Rip. Pero eso te puede hacer creer que lo soy también para los demás.

—Yo no he dicho eso.

—Pero puedes pensarlo.

—Tampoco lo pienso. No pienso nada que no sea lo que ha ocurrido esta noche entre nosotros, Donna.

—Para mí, ha sido fantástico, Rip.

—Y para mí más que eso. Único.

—No digas esas cosas. Habrás conocido a tantas chicas en esta ciudad...

—Oh, sí. Muchas. Prostitutas, coristas, camareras, doncellas... Todo eso. Asuntos fáciles de verdad. De las que no dejan huella.

—Y esto, Rip... ¿dejará huella? —dudó Donna.

—En ti, no sé. En mí, desde luego —me incliné. Acaricié sus cabellos, sus mejillas suaves, su cuello, su torso. Detuve mis manos sobre sus senos. Sin embargo, era una caricia limpia y tierna, sin procacidad—. Creo que es fácil amarte, Donna...

—Rip, me vuelves loca —susurró, aferrándome el cuello con sus manos, suaves y sedosas como el terciopelo.

Me mordió dulcemente los labios. Y yo a ella. Nuestras lenguas jugaron endiabladamente. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Caí sobre Donna. La sábana se removió en torno nuestro. La lucha incruenta continuó...

Terminó al dorar el sol mis espaldas y sus pechos de nácar. La cubrí, pudoroso, y ella me sonrió, sin asomo de somnolencia en sus ojos, pese a lo avanzado de la hora.

—Rip, me pregunto si tendremos un mal despertar tras este hermoso sueño...

La miré fijamente. La entendía. Sólo que esta vez era un sueño, no una pesadilla.

—¿Te refieres a... a esa gente, los del automóvil?

—Sí —noté que temblaba levemente entre mis brazos—. Tengo miedo, Rip.

—Qué diablos, yo también —resoplé—. No soy ningún héroe, Donna.

—Lo fuiste para escapar de ellos y ayudarme a mí. Creí que nos

matarían.

—Yo también. Tuvimos suerte, eso es todo.

—Rip, hablaron de... de diamantes...

—Sí. De diamantes —convine, ceñudo, encendiendo dos cigarrillos y ofreciéndole uno—. Diamantes...

—¿Sabes algo de eso?

—Apenas nada —resoplé con un movimiento negativo de cabeza—. Pero tengo un diamante, eso sí.

—¿Tienes uno? —Se asustó, poniéndose erguida en la cama—. Oh, Rip, no... ¿Lo tenías en el coche, cuando nos raptaron?

No respondí. Me levanté, tan desnudo como cuando mi madre me parió, aunque algo más crecidito, fui a mi chaqueta y, con toda sencillez, saqué la gema del bolsillo, como quien saca un cacahuete. Se lo tendí.

—Míralo —dije—. No entiendo mucho, pero parece bastante valioso.

Lo miró, fascinada, tomándolo en sus dedos. El sol naciente le hirió de refilón, y las facetas del diamante destellaron como relámpagos ante nuestros ojos.

—Es precioso —murmuró, con un éxtasis muy femenino—. Precioso. Debe valer mucho, sí...

—Un puñado de esas piedras valdrá una fortuna, estoy seguro.

—¿Y sólo tienes éste?

—Sólo éste, sí.

—De modo que ellos tenían razón... ¿Quién te lo dio?

—Nadie. Pearl lo tenía en su mano, aferrado, cuando alguien la mató. Lo encontré y me quedé con él.

—¿Por qué?

—Ni siquiera lo sé. No pretendo lucrarme. Me quedé con él por simple impulso, supongo. Acaso signifique algo. La razón de un crimen, quizá.

—Tuviste que dárselo a la policía, Rip, cuando te interrogaron.

—Ya lo sé. Pero no lo hice. Ignoro la razón. Tal vez no me caigan bien desde que se tomaron a broma mi información sobre otro crimen.

—Pero es que no hubo otro crimen, Rip —me recordó ella—. Ellis Joyce está vivo...

—Maldita sea, ya lo sé. Sin embargo, juraría que vi morir a Ellis.

Ya sé, ya sé. Debió ser la droga. Me inyectaron algo. Pero ¿por qué, Donna, por qué? Es para volverse loco. Y cuando todo parece aclarado, matan a Pearl en el club... y aparece ese diamante.

—Después, unos hampones nos secuestran con malas intenciones y preguntan por unos diamantes —añadió Donna, pensativa—. ¿Qué estás pensando, Rip?

—No sé, maldita sea, no sé —me lamenté amargamente, yendo a cerrar la persiana para no sufrir en mis cansados ojos la luz solar—. ¿Tienes prisa?

—No —confesó—. ¿Por qué?

—Podemos dormir todavía un rato —propuse—. Y marcharnos más tarde...

—Como quieras, Rip —convino ella, dócilmente.

No todo fue dormir, como me temía. Pero al menos descansamos unas pocas horas. A primera hora de la tarde, dejamos el hotelucho. Donna parecía avergonzada de lo sucedido. No quiso almorzar conmigo. Con una frágil excusa, se deshizo de mí y se retiró a su alojamiento. Yo volví al mío.

Me esperaba una incómoda sorpresa.

El teniente Nathan Malone, de Homicidios, me esperaba apaciblemente sentado en el rellano, fumando un cigarrillo y hojeando un diario vespertino.

—Hola, Mason —me saludó fríamente al verme aparecer, llave en mano, sin incorporarse siquiera del peldaño de la escalera donde permanecía acomodado—. Le aguardaba a usted. ¿Siempre acostumbra a dormir fuera de casa?

—Sólo a veces, cuando hay una razón suficiente para ello —repliqué, malhumorado.

—Ya. Una razón con faldas, ¿no? —rió entre dientes.

—Eso a usted no le importa —objeté agriamente.

—Es posible —admitió, encogiéndose de hombros—. Pero sí me importan los diamantes de Oswaldo Cardona. ¿Qué sabe usted de eso, Mason?

El teniente Malone saboreó el café sin azúcar. Yo puse dos terrones a mi taza y la moví lentamente, sin dejar de mirarle.

—No sé nada de diamantes —insistí por segunda vez en pocos minutos, sin abandonar mi tarea de remover el azúcar en la negra infusión que acababa de hacer.

Mi visitante hizo un gesto ambiguo y curioseó mi destartalada vivienda con aire displicente.

—Debería casarse —comentó—. O vivir con una chica, cuando menos. Esto estaría más ordenado y limpio. Lo sé por experiencia. Yo también viví solo bastantes años, hasta que me casé hace tres.

—¿Ha venido solamente a hacer de casamentero, teniente? —Me irrité.

—Sabe que no —arrugó el ceño, volviendo a contemplarme con aire abstraído y poco amistoso—. A usted le gusta ocultar cosas a la policía. ¿Por qué motivo?

—No sé de qué me habla.

—Se lo explicaré con detalle. Hay gente que se guarda para sí sus averiguaciones porque se cree un Sherlock Holmes o un Philip Marlowe. Otros, porque les comprometen. ¿A qué especie pertenece usted, Mason?

—A ninguna. ¿De qué está hablando exactamente?

—Ya se lo dije. Los diamantes de un hombre llamado Oswaldo Cardona.

—Me habla en chino o algo parecido. ¿Quién es ese Oswaldo Cardona? —Gruñí.

—Un sudamericano que traficaba en cosas caras: piedras preciosas, drogas y todo eso, según los clientes que le salían. Ahora está muerto.

—¿Muerto? —fingí total indiferencia.

—Eso es. Asesinado, lo mismo que esa cantante, Pearl Laverne.

—¿Qué tiene ella que ver con ese sudamericano, teniente?

—Los diamantes. A Cardona le robaron esos diamantes en San Francisco, hace seis meses. Tuvieron que asesinarle para lograrlo. Los diamantes desaparecieron. El asesino nunca fue hallado.

—Una historia fascinante —dije, sardónico—. Pero sin pies ni cabeza. ¿Por qué me la cuenta a mí?

—Porque casualmente, Oswaldo Cardona era un buen cliente de un club nocturno de San Francisco, especializado en música de jazz: el Dixie Blues.

—¿Y...?

—Y allí, por entonces, actuaba la orquestina de un tal Damon Wolff, al parecer discípulo de «Dizzie» Gillespie y de Charlie Parker.

—Gillespie y Parker —asentí—. De eso sí entiendo, teniente.

Fueron creadores del

«be-bop».

Un nuevo estilo de *jazz* que nació en el *cabaret* Minto's en los cuarenta. No estaba mal, pero nunca me gustó. Lionel Hampton dijo de él que lo mejor que podía hacerse con el

«be-bop»

para que viviera el *jazz*, era enterrarlo^[3].

—Muy erudito —aprobó el teniente con un chasquido de lengua—. Bueno, lo cierto es que en la orquestina de ese tal Damon Wolff, actuaba un pianista llamado Ellis Joyce.

—¿De veras? —Esto sí era interesante, pero procuré disimularlo.

—Así es. El mismo Ellis Joyce que ahora toca en su club, Mason. Lo hemos comprobado.

—Sigo sin ver la relación de todo eso conmigo.

—Usted avisó a la policía de que había sido testigo del asesinato de Joyce en plena calle durante la madrugada; no trate de ocultarlo más tiempo.

—Oiga, yo no... —empecé a protestar.

—Escuche y no me interrumpa —se mostró agresivo casi al frenarme—. Acostumbramos a grabar todas las llamadas que llegan a nuestra centralita. No será difícil obtener una grabación de su voz y compararla con la que tenemos grabada, mediante una computadora. El resultado nos dirá si fue usted o no quien dio el informe anónimo. Y no cabrá la menor duda sobre ello. La computadora no se equivoca en esas cosas.

—Supongamos que hubiera sido yo —suspíré, cauto—. ¿Es un delito informar de algo que uno cree haber visto?

—No. Pero Ellis Joyce ha reaparecido lleno de vida. ¿Por qué mintió?

—No mentí —resoplé, admitiendo de lleno mi responsabilidad—. Creí verlo, ya se lo he dicho. También creí ser agredido, y desperté en mi casa, creyendo haber soñado. Luego descubrí esto en mi brazo —lo descubrí con brusquedad—. Y yo jamás me he drogado, teniente, lo juro por lo más sagrado.

—Ya lo veo —dijo el oficial de Homicidios, reflexivo—. Un solo pinchazo... Puede que viera lo que creyó ver. Pero le golpearon, le drogaron y le trajeron a casa. He comprobado que no es nada difícil entrar aquí con llave maestra. Por eso ni lo intenté siquiera.

—Pero usted lo ha dicho: Ellis Joyce está vivo. No pude ver cómo le mataban.

—Cuéntemelo primero con todo detalle y luego estudiaremos el asunto, Mason —me invitó, tratando de mostrarse fríamente cortés.

Lo hice. Ya no había otro remedio, a fin de cuentas. Pero seguí ocultándole lo del diamante de Pearl Laverne. Y ni siquiera sabía por qué.

Me escuchó en silencio. Por fin, expuso, frotándose el mentón, la mirada perdida en un punto del vacío:

—Algo falla en ese crimen supuesto del que usted fue testigo. Ellis Joyce está vivo y bien vivo. Y no se trata de ningún impostor de parecido notable, porque hemos comprobado sus huellas dactilares. Joyce estuvo mezclado hace años en un accidente de tráfico por embriaguez, y posee ficha policial. Son sus huellas, corresponden exactamente a las del hombre que toca en el Notorius, de modo que es Ellis sin lugar a duda de ningún género. Pero vamos a lo más significativo de todo este embrollo, Mason: Pearl Laverne también trabajaba por entonces en el Dixie *Blues* de San Francisco, junto a Joyce. Justo cuando Cardona fue asesinado, y desapareció una valiosa remesa de diamantes, entrados ilegalmente en los Estados Unidos, valorados en más de un millón de dólares.

Emití un silbido entre dientes. Un millón era mucho dinero. Suficiente para justificar un asesinato o dos. O quizá más.

—Creí que Joyce y Pearl llevaban más tiempo en el Notorius... —argumenté.

—Habían trabajado antes. Luego estuvieron ausentes durante un tiempo. Hace casi cuatro meses que regresaron a Nueva York. ¿Cuánto tiempo lleva usted con Crippen y Thorpe en su local?

—Tres meses largos. Cuando llegué, ellos ya actuaban allí invariablemente.

—Lo sé, lo sé. Usted fue luego testigo de un segundo crimen, no sé si por azar o por alguna rara coincidencia aún no aclarada, Mason. ¿Seguro que me lo contó todo respecto a la muerte de Pearl Laverne?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Era un caso distinto al del otro «crimen», imaginado o no. Había un cadáver, era real, no una pesadilla sin sentido.

—Según usted, esa madrugada había un local de hamburguesas

abierto, cerca de donde creyó ver morir a Ellis Joyce, asesinado por el ocupante de un coche color guinda. El dueño de ese local no oyó ni vio nada. Pero también ha mencionado a un vagabundo que recogía cosas de las basuras —suspiró el policía, poniéndose en pie—. Lo buscaremos, por si puede aclarar algo. Entretanto, Mason, cuídese mucho.

—¿Por qué dice eso? —me sorprendí, acompañándole a la salida.

Se paró junto a la puerta. Me miró, sonriente.

—Usted no duerme esta noche en casa —dijo—. Y en mi poder obra un informe de un coche-patrulla que describe un raro suceso con un coche que se da a la fuga, del que un hombre cuya descripción exactamente con la suya, Mason, parece escapar a viva fuerza con una bonita chica pelirroja. Y luego, sin esperar a otro coche policial, la parejita se larga sin dejar rastro de su presencia allí, como si temiera dar información a nuestra gente de lo sucedido. ¿Cree que soy tonto, Mason? Usted anda metido en jaleos peligrosos por alguna razón. Y también por alguna causa. Hay gente que cree que usted sabe más de lo que dice saber. En eso coincidimos ambos bandos. Tenga cuidado, se lo repito. Está jugando con fuego sin darse cuenta, y puede abrasarse al menor descuido, amigo mío.

Me sonrió de un modo extraño y abandonó el apartamento sin añadir una palabra más a su ya clara advertencia.

Cuando me quedé solo, comprendí por vez primera que él tenía razón, que estaba metiéndome, sin causa aparente, en un verdadero lío. Y que quizá las motivaciones de todo cuanto estaba haciendo, al margen de la propia policía, había que buscarlo en aquel incidente inicial en que creí ver un crimen que nunca se había cometido, en que alguien me drogó con una aguja hipodérmica, y en que, por una u otra razón, mi subconsciente me decía que esa supuesta pesadilla era real en gran parte y, de alguna forma, se relacionaba muy directamente con la muerte de Pearl Laverne. Y también, sin duda, con los diamantes de Oswald Cardona, el traficante sudamericano asesinado seis meses atrás en San Francisco de California.

Tal vez por todo ello, en vez de sincerarme del todo y dejar que la policía llevara adelante mi caso, seguí callando lo del diamante. Y pensé en hablar aquella misma noche con Ellis Joyce, el pianista

aparentemente «resucitado» tras morir violentamente en mí «pesadilla».

Sólo que antes de todo eso, volví a caer en manos de gente armada.

Y esta vez conocía perfectamente a mi captor.

Ocurrió al abrir la puerta de mi apartamento, llegada la noche, para ir al club a trabajar como cada día.

Fui violentamente empujado e introducido de nuevo, a viva fuerza, por alguien que apoyaba en mi pecho sin muchas contemplaciones una voluminosa automática provista de su inevitable silenciador.

—¡Adentro, Mason! —dijo una áspera voz, mientras un hombre entraba conmigo en el apartamento y cerraba la puerta con pestillo tras de sí.

No venía solo. Una mujer le acompañaba, aunque ella no llevaba armas.

Era una mujer rubia, resplandeciente, una verdadera bomba platinada de gran calibre, cuya figura exuberante y llamativa yo conocía muy bien.

Se trataba de Waldo Bellamy, el supuesto mafioso que se peleara noches atrás con Ellis Joyce. Y de su amante, la espectacular Sharon Vickers.

Lo que podían querer de mi aquellos dos en estos momentos, para abordarme pistola en mano en mi propia casa, era un auténtico misterio.

CAPÍTULO VII

—Pónganse cómodos, amigos —dijo sarcástico, contemplándoles alternativamente—. Ésta es su casa.

—Lamento tener que irrumpir así, Mason —se excusó él, sin desviar de mí su pistola un ápice—. Pero todavía no sé si puedo considerarle a usted amigo o enemigo.

—¿Y ha venido a ponerlo en claro a su modo? —Gruñí.

—Es posible —aceptó con simplicidad. Miró en torno, receloso—. ¿Está solo?

—Registre, si quiere. No le exigiré mandamiento judicial.

—Es usted muy chistoso —comentó—. ¿Siempre se lo toma así cuando le apuntan con una pistola?

—Es que voy adquiriendo práctica —sonreí—. ¿Qué diablos quiere de mí con esos modales, señor Bellamy?

—Veo que conoce muy bien mi nombre.

—Me lo mencionaron en el club. No he olvidado su pelea con Joyce.

—Ya veo. Maldito Joyce... —refunfuñó. Luego me miró de modo poco amistoso mientras decía a su acompañante—: Te dije que no vinieras conmigo, Sharon. Éste es asunto de hombres.

—No seas obstinado, Waldo —suspiró ella, sentándose en el brazo de una butaca, y dejando que sus piernas fueran bien visibles. Después de todo, valía la pena y ella lo sabía—. A fin de cuentas, supongo que no vas a matar a este muchacho...

—Yo no soy un asesino —rezongó él, desabrido. Bajó el arma—. Pero no me gusta que se burlen de mí.

—Le aseguro que no pienso hacerlo —le advertí con rapidez.

—Eso no va por usted, sino por Joyce, ese maldito pianista. Ya me engañó una vez, y no consentiré que lo haga otra.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? Conozco a Joyce tanto como a usted —protesté.

—¿Seguro? —dudó—. Alguien me informó de que tenía un buen compinche dentro del propio club. Pensé que podía ser usted.

—¿Por qué pensó eso?

—Porque usted encontró el cadáver de esa cantante asesinada, Pearl Laverne. Pienso que pudo haber sido usted quien la mató.

—¿Yo? —Pegué un respingo—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Por algo gordo que Joyce podría traerse entre manos. Es un zorro viejo, un granuja de cuerpo entero.

—Vaya, ignoraba que Joyce fuese de ese modo —comenté—. Siempre me había parecido un tipo algo introvertido y huraño, pero nada más.

—Escuche, amigo. Joyce me hizo una fea jugada hace más de un año, en Chicago. Luego se fue a Sudamérica, creo. Yo no podía imaginar que iba a ser tan estúpido como para actuar en Nueva York ahora, sin ocultar su identidad. Tengo buenos amigos en esta y otras ciudades. Me dijeron que él estaba aquí y vine a arreglar con él unas cuentas. Pues bien, el tipo me salió totalmente diferente a como yo esperaba. Parecía otro Joyce, la verdad.

—A veces, las personas cambian —comenté, encogiéndome de hombros.

—Los tipos como Ellis Joyce, no —rechazó de plano Bellamy, que parecía haberse olvidado, afortunadamente, de su pistola, aunque gesticulaba con ella—. Nunca, Mason.

—Oiga, ¿por qué no va y discute con él este asunto, en vez de meterme a mí en el ajo? —me quejé—. Le aseguro que no tenía por qué matar a aquella pobre chica ni a nadie, y que no tengo nada que ver en los asuntos de Joyce, para bien ni para mal. ¿Le basta con eso o quiere que se lo firme y legalice?

—Sigue haciendo chistes —gruñó, mirándome furioso—. La cosa no tiene gracia, Mason. Si Joyce está aquí, es por algo. Y si tiene un compinche dentro del club, también. Anda detrás de alguna cosa. Usted, que trabaja en ese local, ¿ha visto si tiene amistad o relación con alguien en especial?

—No —negué, y era sincero—. Nunca he visto a Joyce cambiar más de dos palabras con nadie. Ya le dije que es un tipo raro.

—Entonces, me gustaría saber quién es la persona que colabora con él, y en qué clase de asunto feo anda metido. Habitualmente, Joyce se enfrenta con uno y se pone terco. Pero esta vez no fue así.

Se portó humildemente conmigo, trató de justificarse, pidió incluso perdón... Eso me enfureció más aún, por eso tuvo lugar la pelea. Después he pensado un poco sobre todo eso. Y he llegado a tener la peregrina idea de que ese tipo no es Ellis Joyce.

Casi pegué un respingo al oírle. Era lo último que hubiera esperado escuchar. Miré atónito a mi visitante, luego de soslayo a la sonriente y lejana Sharon, que parecía aburrida con aquella conversación, retocándose los labios de *rouge*, y murmuré con lentitud:

—¿Qué no es Joyce? ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, es la impresión que saqué. Sé que es un puro disparate, pero lo pensé así, porque el fulano se portó como jamás se había portado antes en su vida. Como usted dice, la gente cambia. Es posible que ésa sea la explicación más razonable a todo ello. Pero ya que he venido a verle con malos modos y usted no parece ser quien busco, quisiera llegar con usted a una especie de trato.

—¿Un trato... usted y yo? —repetí, desconfiado.

—Sí —sonrió, como podría sonreír un lobo—. Sé que tengo mala fama, Mason. Y no voy a discutirla ahora. Pero necesito que alguien coopere conmigo dentro de ese club para saber lo que ocurre. Ahora me ocupo de los negocios de cierta zona de la ciudad, y en esa zona entra el Notorius, ¿va comprendiendo?

—Creo que sí —suspiré.

—Por ello no me gustaría que Joyce me la jugara de nuevo. Investigue a ese tipo sin despertar sospechas, vigile las relaciones que tiene con los demás... Si logra darme algún dato, como la identidad de su compinche, lo que planea, o algo parecido, puede usted ganar mucho dinero. Esto será sólo a modo de anticipo sobre ello.

Con toda normalidad, guardó su pistola bajo la axila y en su lugar sacó una cartera, de la que extrajo un impresionante fajo de billetes. Y todos era de cien. Me alargó diez de ellos con indiferencia.

—Mil dólares... —murmuré—. Es mucho dinero. Yo no soy un espía ni un soplón, señor Bellamy. No me gusta el asunto.

—Tendrá que gustarle —dijo fríamente—. Elija entre esto o mi enemistad. El que no está conmigo, está contra mí. Y nadie le aconsejaría enfrentarse a Waldo Bellamy, seguro. De todos modos,

piense que es un trato temporal solamente. Cuando me dé los informes que busco, recibirá dos mil dólares más. Y se habrá terminado nuestra relación.

—Supongamos que no doy ni una y no obtengo esos informes. ¿Qué ocurrirá?

—Pueden suceder dos cosas —explicó, calmoso—. Que lo dé por bueno y se quede usted con sus mil dólares por nada... o que le convierta en un colador por pensar que me ha engañado. ¿Quiere probar fortuna acaso?

—No, no. Intentaré llegar a alguna parte, descuide.

—Buen chico —aprobó, con un chasquido de sus dedos, echando a andar hacia la salida—. Estoy seguro de que algo averiguará. Parece listo.

—Adiós, guapo —me dijo la sensacional rubia, acercándose a mí y alargándome la mano con aires de *vamp* de cine de otros tiempos—. Consérvate bien.

Apreté su mano levemente para rozarla con mis labios, como si fuese toda una dama. Me sorprendió encontrar entre mis dedos algo más que los suyos propios. Una pequeña, doblada pieza de papel, se deslizó rápida en mi mano. Sentí un escalofrío.

Si Bellamy advertía que ella me entregaba de ese modo un mensaje, a lo mejor terminaba allí por defunción nuestro trato. Defunción mía, por supuesto.

Pero el mafioso no advirtió nada. Estaba ya en el rellano y ella le siguió cimbreado endiabladamente sus caderas voluptuosas. Me dejó en la mano el mensaje y un suave aroma de perfume.

Cerré tras de ellos con un resoplido. Pasé el pestillo, enjugándome el sudor. En mis manos tenía un fajo de billetes de cien y un misterioso papelito doblado. Estaba metiéndome hasta el cuello en un oscuro asunto que parecía dinamita pura. Y por si fuera poco, la tal Sharon me soltaba un mensaje secreto en presencia de su peligroso amante. De película.

Desdoblé el papelito. Lo había escrito con su lápiz labial, mientras fingía retocar su *rouge*. Era muy breve y conciso:

«Te espero esta madrugada, a las cinco, en el parador de carretera Niko's, camino de Albany. No faltes.

Era una cita inquietante. Por una rubia como aquélla, uno podía ir a un parador de carretera o al mismo infierno. Pero estaba Bellamy por medio. Y las posibilidades de ir al infierno aumentaban considerablemente.

Aun así, me propuse asistir a la cita. Creo que empezaba a ser masoquista y un poco loco.

Niko's era algo más que simple parador de carretera, como dijera con eufemismo Sharon Vickers en su mensaje. Se trataba de un motel con bar restaurante abierto toda la noche, poco antes de llegar a Archville, en la Nueve. Es decir, a muy poca distancia de los límites urbanos de la ciudad de Nueva York.

No me había costado gran cosa eludir esta noche a Donna, si bien noté que eso la desilusionaba, después de la noche que habíamos pasado juntos, pensando acaso que ya no tenía interés en ella. Pero tuve que dejarla en esa duda, ya que no quería en modo alguno dejar de entrevistarme con la estupenda rubia. Y no sólo por sus curvas. Me intrigaba la razón de aquella cita misteriosa.

Dejé mi viejo coche de segunda mano, que esta noche utilicé para el viaje, en el aparcamiento del motel. Las letras de Niko's, en rojo brillante, parpadeaban sobre la ruta 9 de Nueva York a Albany, llamando al automovilista cansado o perezoso.

Entré en el pequeño bar anexo al restaurante propiamente dicho. Vi enseguida la rubia cabellera bajo unas volutas de humo azul. Sharon ya me esperaba.

Crucé por entre mesas desiertas y llegué al discreto rincón que ella ocupaba. Me sonrió, exhibiendo entre sus carnosos labios pintados de rojo una doble hilera de blanquísimos dientes.

—Hola —saludó—. Siéntate. Ahí, no. Aquí.

Me señalaba a su lado. Obedecí. Al acomodarme, no pude evitar el roce con sus caderas y sus muslos. Era un contacto excitante. Su cuerpo todo despedía un aroma embriagador, a piel femenina y a perfume. La vecindad de aquella hembra, pensé, era peligrosa como la de una serpiente de cascabel. Pero mucho más agradable.

—No sé siquiera por qué he venido —comenté, algo brusco.

—Yo sí lo sé —sonrió ella, cruzándose de piernas—. He logrado

intrigarte.

Al cambiar su postura, presionaba con sus nalgas contra mí de un modo inquietante. Los grados de mi temperatura debieron subir bastante en ese momento.

—Admito que sí —dije.

—Además, te gusto.

La miré, pensativo. Aclaré mi voz con un carraspeo.

—Usted gusta a todo el mundo, señorita Vickers —dije, tratando de ser galante.

—No seas cursi —rió ella suavemente—. Llámame Sharon y tutéame, como si fuéramos amigos. Quizá vamos a serlo antes de lo que piensas...

Pedí un *whisky* al camarero que acudió. Tras servírmelo, miré de reojo a Sharon.

—Y bien, ¿qué quería de mí? —murmuré.

—Varias cosas, Mason. Oye, ¿cuál es tu nombre de pila?

—Rip. Sólo Rip.

—Me gusta. Siempre me encantaron los nombres cortos. Bien, Rip, ¿has descubierto algo nuevo para Waldo?

—No, nada. Lo he intentado, pero Joyce no habló con nadie, en particular. Sólo con Wooley, el director de orquesta, con el dueño del local, Stuart Crippen, y con otro camarero. No creo que ninguno de éstos sea el compinche que el señor Bellamy busca...

—Eso nunca se sabe —suspiró ella, encogiéndose levemente de hombros. Me miró, muy de cerca y se inclinó hacia mí—. Rip, ¿qué sabes de los diamantes?

Me quedé de piedra, de hielo, o de no sé qué. La miré, a mi vez, tratando de no revelar mi turbación. Por si fuera poco, la punta de sus espléndidos pechos se apoyaba en mi torso ahora.

—¿Qué... qué diamantes? —balbuceé.

—Vamos, vamos, no te hagas el tonto —rió entre dientes—. Noté en tu gesto que sabes bien de qué va. ¿Quién te lo contó? ¿Pearl Laverne?

—Te... te aseguro que no sé de qué me hablas... —Traté de convencerla.

Fue en vano. Se echó a reír suavemente y meneó en sentido negativo su platinada cabecita, sin dejar de oprimirme con aquellas soberbias glándulas mamarias que abultaban su ceñido vestido

oscuro.

—Me temo que sí lo sabes —musitó—. Y digo esto porque es un asunto muy peligroso para ti. Ya viste lo que le ocurrió a Pearl Laverne. Por mezclarse en el asunto de los diamantes.

—No entiendo nada —argumenté, a la desesperada, sin muchas esperanzas—. Bellamy no me habló de diamantes...

—Bellamy no sabe nada de eso. Está dando palos de ciego, el pobre idiota.

—Vaya... —resoplé—. Creí que erais uña y carne los dos.

—En apariencia, lo somos. Pero él no sabe lo que está buscando. Y yo no pienso decírselo, Rip. Trabajo por mi cuenta. Bellamy es sólo un buen amigo. Le chiflan las rubias imponentes. Y yo no estoy mal, además de teñirme de rubio.

No supe qué decir. Aquella mujer, que en principio daba la impresión de una muñequita de cabeza hueca, lograba desconcertarme. Era mucho más lista de lo que imaginaba. Y sabía muchas cosas. Demasiadas. Me preguntaba cuál era realmente su juego.

—¿De modo que hay un asunto de diamantes por medio, y Bellamy no sabe nada? —Traté de contemporizar.

—Eso es —sus ojos me contemplaron sagaces, bajo el arco de sus finas cejas doradas—. Diamantes por valor de un millón. Ya han costado varias vidas. Pearl no debió mezclarse en el asunto.

—¿Por qué crees que ella estaba metida en eso?

—No lo creo: lo sé. Pearl Laverne era buena amiga de un hombre llamado Morgan McNee. Muy buena amiga.

—¿Y quién es Morgan McNee? —quise saber.

Ella me estudió con fijeza. Su boca hizo un mohín muy femenino, pero tenía los ojos fríos y penetrantes. Puso una mano suavísima sobre mi rodilla, y sentí un estremecimiento de placer instintivo ante aquel contacto.

—Un hombre idéntico a Ellis Joyce —dijo—. Parecido a él como una gota de agua a otra.

Pegué un respingo. Era lo último que hubiera esperado oír.

—¿Idéntico? —repetí, con un jadeo.

—Eso dije —sonrió ella—. Como un hermano gemelo, querido Rip. Sospecho que es el que ahora ocupa el puesto de Ellis Joyce en el club. Y que el verdadero Joyce ha sido asesinado...

Mi pesadilla. Mi pesadilla, pensé. Volvía a ella. Al asesinato de Ellis Joyce.

Y parecía haber sido verdad.

Ya había alguien que aseguraba que el pianista estaba muerto.

CAPÍTULO VIII

Tampoco esta vez supe exactamente cómo sucedía. Pero sucedió, y eso era lo importante.

O yo tenía mi racha de suerte o las chicas empezaban a encontrarme atractivo. Lo cierto es que, sólo una hora más tarde, aquella rubia sensacional y yo compartíamos una cama del motel Niko's, y no precisamente para tener felices sueños...

Sharon, ciertamente, no tenía la ingenuidad dulce y melosa de Donna Keller. Era todo lo contrario: apasionada, ardiente, voluptuosa hasta el éxtasis. Una hembra fantástica, de formas increíblemente seductoras y agresivas, capaz de volver loco a un hombre por templado y sereno que fuese.

Tal vez por ello, tardamos bastantes horas en reanudar nuestra charla del bar. Para entonces ya era de día en la carretera de Albany, pero eso empezaba a importarme un rábano. Pasar la noche en vela, junto a una mujer arrebatadora, comenzaba a ser ya costumbre. Una grata costumbre que a veces me parecía formar parte de otro sueño infinitamente más bello que aquella pesadilla que reviviera horas antes, al hablarme Sharon de la existencia de dos hombres idénticos, dos pianistas iguales entre sí.

—Dos Ellis Joyce... —Fue lo primero que comenté, al margen de nuestra relación amorosa de aquella madrugada—. Dos hombres iguales... Parece de cine, Sharon.

—Pero es real —replicó ella, con tono grave, sentándose en el lecho y cubriendo sus prodigiosos senos con la sábana dificultosamente—. Muy real, Rip.

—Me pregunto cómo sabes tú tantas cosas y Bellamy tan pocas —dije, encendiendo dos cigarrillos y dándole uno a Sharon. Eso me recordó mi noche de amor con Donna, y tuve para ésta un tierno recuerdo de arrepentimiento y pesar. Tal vez no había sido justo ni noble con ella, pensé.

—Tiene su lógica —dijo—. Yo sólo salgo con Waldo Bellamy hace cosa de un par de meses. Y es por razones muy especiales. Esas razones son los diamantes de Pearl Laverne.

—Ah, los diamantes... Volvemos a lo mismo. ¿Por qué sabes que los tenía Pearl?

—Porque ella los robó a Joyce cuando éste se los quitó al traficante sudamericano que murió asesinado en San Francisco. Sabemos que tuvo una mujer cómplice allí. Pearl, sin duda. Y en lugar de los diamantes, Joyce se encontró con unas copias falsas, sin ningún valor, que no pudo vender en el mercado. Por eso mataron a Pearl, porque no reveló dónde ocultaba los diamantes verdaderos, estoy segura de ello.

—¿Y qué papel representas tú en todo esto, Sharon? —me interesé.

Ella sonrió guiñándome un ojo.

—No llevo mi credencial encima, cariño —dijo—, pero trabajo para la Diamond International Company.

—Una compañía diamantífera...

—Algo así. Aseguradora, compradora y vendedora de diamantes al por mayor. Estábamos interesados en adquirir esos diamantes. Pero también en dar caza a un ladrón y asesino. Ahora no tenemos una cosa ni otra. Pearl nos informó de que poseía los diamantes, y el asesino de Cardona en San Francisco, sólo unas copias muy buenas pero sin valor alguno. Ya sabíamos eso, porque pretendieron vendernos a nosotros esas copias, y nuestros expertos las rechazaron por falsas. Entonces me pusieron a mí sobre este trabajo. Soy del departamento de investigación de la Compañía. ¿Aclarado ahora el misterio, Rip?

—En parte, sí. Pero ¿quién creéis que mató a Cardona? ¿Ellis Joyce... o su doble, Morgan McNee?

—No lo sabemos. Como tampoco sabemos a ciencia cierta cuál de los dos ocupa ahora el puesto de pianista en el Notorius.

—¿Ambos son músicos también? —me sorprendí.

—Así es —suspiró ella—. El parecido físico no es casual, Rip. Morgan McNee se operó en un centro de cirugía plástica, obteniendo el rostro de Joyce.

—¿Por qué eso? —me asombré.

—Existía entre ellos un leve parecido nada más, especialmente

en estatura, cabello y todo eso, además de ser músicos de *jazz* los dos. Ellis Joyce siempre ha estado metido en líos oscuros, como te contó Bellamy, y nunca fue demasiado honesto con nadie. Morgan McNee, por su parte, lo tenía aún peor: era un hombre buscado por la policía de varios países. Su rostro estaba en las fichas policiales y en la memoria de mucha gente que quería verle muerto. La razón es sencilla: Morgan McNee es, además de pianista, un *gángster* muy peligroso y conocido.

—Cielos, vaya parejita —comenté, perplejo, fumando mientras contemplaba las formas de Sharon bajo la sábana—. Es una historia muy complicada...

—Mucho —asintió la rubia—. McNee aprovechó su leve semejanza física con Joyce para hacerse una operación que le convirtió en el doble exacto del verdadero Joyce y, de ese modo, se hacía pasar por él, en lugares donde Joyce no actuaba, para que nadie encontrase ya jamás a Morgan McNee, el *gángster* lleno de enemigos de todo tipo. Eso sucedía hace ya dos años, Rip.

—Y ahora ignoramos si quien toca en el Notorius es él... o el verdadero Ellis Joyce.

—Exacto —asintió Sharon—. Tenemos a un hombre que no sabemos quién es, que posee unos diamantes que no valen nada... y el cadáver de una mujer que engañó a Ellis o a McNee, para quedarse ella con los verdaderos diamantes. Un buen rompecabezas, querido.

—Ya lo veo. Pero ahora, Sharon, dime algo: ¿por qué me cuentas a mí todo esto, por qué me citaste en este lugar hoy y me haces partícipe de todo, sincerándote conmigo? A Bellamy no le gustaría saber quién eres realmente, ni cuál es tu juego... ni que estés conmigo aquí a estas horas... y en estas circunstancias.

—Claro que no —ella se echó a reír de buen grado, mirándome con frivolidad. Dejó caer la sábana de su cuerpo, no sé si intencionadamente o no, y me dejó sin aliento la nueva contemplación de su increíble busto—. Te responderé a ello, querido: en primer lugar, te cité porque creí que sabrías mucho más de lo que sabes respecto a Pearl, Ellis Joyce y los diamantes. En segundo lugar, porque necesito ayuda de la gente. Y en tercer lugar... porque me gustas. ¿Es suficiente, amor?

Alargó sus brazos, me tomó por los hombros y tiró de mí hacia

ella, suave, insinuante, voluptuosa. No pude negarme. No me resistí lo más mínimo.

¿Quién hubiera podido hacerlo?

Almorcé frugalmente en un restaurante cercano a mi casa cuando ya eran las cuatro de la tarde y aún me sentía demasiado cansado y somnoliento para tener apetito. Sólo me había detenido a adquirir un revólver en una armería cercana.

No podía olvidar mi noche con Sharon. Y no sólo por su lado placentero, sino por todo lo demás. Le conté todo a ella, después de sincerarse conmigo. No podía hacer otra cosa. Sharon vio mi diamante, supo la historia de mi supuesta pesadilla, y ambos llegamos a una misma conclusión: yo no había sufrido pesadilla alguna.

Sencillamente, unos pistoleros mataron a uno de los dos pianistas, Joyce o McNee, y el otro ocupaba ahora el puesto que dejó la víctima. Eso lo explicaba todo. Después, los asesinos habían regresado al escenario del crimen, abatiéndome y llevándome consigo y con el cadáver. Me dejaron en casa, tras dragarme con un alucinógeno, y se deshicieron del cuerpo de su víctima.

Pero seguíamos sin saber quién era el muerto y quién el actual Ellis Joyce. Tampoco sabíamos dónde podían estar los diamantes, si ocultos donde Pearl Laverne los dejara, o en poder de quien mató a Pearl que, sin duda alguna, fue la misma persona que asesinó a Ellis o McNee. El hecho de que Donna Keller y yo hubiéramos sido raptados por unos pistoleros —posiblemente los mismos que mataron a uno de ambos pianistas—, hacía pensar a Sharon, sin embargo, que los diamantes seguían ocultos en alguna parte, y no en poder de los criminales.

Todas esas teorías e hipótesis no nos condujeron a ninguna parte. Y ahora, servían para rodar por mi cabeza como un carrusel infernal y agobiante, sin sentido alguno.

Terminé mi almuerzo y salí a pasear para refrescar un poco mi mente antes de encerrarme de nuevo aquella noche en el club nocturno, entre *jazz* caliente, perezosos *blues* y todo lo demás. Entre ello, la posibilidad de que quién tocaba el piano fuese un asesino y ni siquiera fuera quien decía ser.

La primera persona que vi al entrar fue Donna, sentada en la barra, tomando un zumo de tomate con pimienta y jerez. Me miró

tristemente.

—Hola —la saludé, acercándome.

—Hola, Rip —respondió, sin ningún entusiasmo.

—¿Ocurre algo? —pregunté, conociendo de antemano la respuesta.

—No, ¿qué va a ocurrir? Parece que ya no sientes lo mismo por mí, Rip...

—No digas eso —protesté vivamente—. Anoche tuve una reunión de interés, Donna. Se trataba de algo productivo, no lo que tú piensas... Me gané un dinero extra. Te haré un regalo especial mañana.

—¿Seguro que no había otra mujer por medio? —dudó ella, mirándome.

—Donna, no había nadie de esa clase por medio —mentí—. Sólo negocios. No soy de esa clase de tipos que olvidan a una chica como tú. Tú y yo no somos como los demás, recuérdalo.

—Ojalá sea así, Rip —musitó con languidez—. Serías mi mayor decepción. Hasta que te conocí, no creía en nadie de esta ciudad. Déjame seguir teniendo fe en ti.

—Ni tú ni yo somos de esta ciudad. No pertenecemos a ella, Donna. Cualquiera día, nos marcharemos para siempre de sus malditas calles para respirar un poco de aire sano, puro. Sea en Lim Rock, Arkansas, o en Spraytown, Indiana —sonreí, tomándole por la barbilla. Y esta vez no mentía en absoluto. Las mujeres como Sharon, pensé, pasan siempre por uno sin dejar huella. Las chicas como Donna, no.

Ella finalmente sonrió. Nos miramos los dos. Besé sus labios, sintiéndome bastante culpable por su tristeza. Luego, miré mi reloj y tuve una idea.

—Vamos a tomar algo fuera de aquí, antes de soportar toda la noche esta atmósfera —le dije con firmeza—. Ahora vuelvo, Bill.

El barman asintió, despidiéndonos con un ademán jovial, y salimos del club. Yo tiraba virtualmente de la mano de la sorprendida Donna.

—¿Adónde me llevas ahora? —se sorprendió ella.

—A cualquier sitio que no sea el club. Tomaremos algo y charlaremos —le dije—. Es posible que muy pronto tenga dinero suficiente para largarme de la ciudad. Y quiero que sea contigo. Nos

iremos los dos juntos. Y nos casaremos.

—¡Rip! ¿Te has vuelto loco? —rió ella, divertida.

—Claro que no. ¿No serías mi mujer en algún sitio lejos de aquí?

—¡Por supuesto, querido! —asintió, radiante—. ¿Seguro que no bromeas?

—Yo nunca bromeo en cosas tan serias. Tomaremos un autobús o un tren hacia alguna parte. Esta ciudad quedará atrás para siempre. Y habremos ganado la batalla contra ella. Nos habremos liberado del monstruo de una vez por todas...

Entramos en un bar cercano. Pedí bebida para los dos: champaña. Brindamos riendo, y las burbujas hicieron cosquillas en mi nariz y provocaron un estornudo en Donna. Ambos parecíamos dos chiquillos haciendo novillos un día de escuela.

De pronto, todo se estropeó, justo cuando alzábamos de nuevo nuestras copas, no lejos de la cristalera del local. Un automóvil a toda velocidad apareció en mi visual, chirriando sus neumáticos sobre el asfalto al asomar por la esquina. Sin saber por qué, clavé mis ojos en él, mientras Donna bebía champaña. Y de repente, vi el destello en la ventanilla.

—¡A tierra, Donna! —grité, frenético, soltando la copa y pegando a la muchacha un formidable empujón. Al tiempo, me arrojé yo mismo con ella, rodando bajo las mesas.

Un tableteo sordo y crepitante llenó la calle. Los vidrios del ventanal saltaron en mil pedazos, lloviendo sobre nosotros, que yacíamos agazapados en el suelo del bar, en tanto los restantes clientes y el barman gritaban con terror, buscando su propia salvación contra aquel huracán de proyectiles, en los sitios más inverosímiles.

De no haber arrojado al suelo a Donna, ahora estaría cosida a balazos, lo mismo que yo de no haber visto a tiempo lo que se precipitaba sobre nosotros. Sentí una sorda rabia dentro de mí, pensando en lo que hubiera podido suceder. Y recordé que ahora llevaba encima de mí un arma de fuego.

La saqué de la americana, sin dejar de permanecer tumbado sobre Donna, y alcé mi brazo armado, justo cuando el coche asesino viraba ante el bar, para emprender la fuga.

Comencé a disparar como un poseso, hasta vaciar las seis balas de su cilindro. Yo mismo me sorprendí del estruendo del arma y de

mi energía al dispararla rabiosamente sobre aquellos rufianes.

O tuve mucha fortuna o realmente aún recordaba algo de mis tiempos de soldado. Lo cierto es que hice blanco.

El coche recibió varios balazos en los neumáticos y el depósito de gasolina. De repente, vi bailotear el vehículo, saltar la acera, empotrarse en un escaparate, en medio de un terrible estruendo, y comenzar a arder violentamente.

Despavoridos, asistimos todos los presentes a una escena tan rápida como terrible. Los pistoleros, encerrados dentro de aquel coche arrugado y deforme por el choque, no lograron abrir a tiempo las portezuelas. Las llamas prendieron en el combustible, y éste reventó.

Una formidable oleada de fuego y humo marcó el desastre final. El automóvil, convertido en chatarra informe, saltó por los aires con los cuerpos de sus ocupantes y toda la calle se llenó con el estruendo de la explosión.

—Dios mío, no... —murmuré, aterrado de mi propia hazaña—. No es posible...

—Rip... los has destruido... a todos... —susurró Donna, pálida y temblorosa, levantándose lentamente cogida a mí con fuerza—. ¿Qué va a suceder ahora...?

CAPÍTULO IX

No sucedió nada.

El teniente Malone, de Homicidios, me informó de que los tres ocupantes del vehículo eran conocidos pistoleros con una numerosa lista de asesinatos en su haber, reclamados por la policía de varias ciudades. Eso, unido a la general declaración sobre el atentado criminal de que nos salváramos tan milagrosamente los dos, me dejaba libre de todo cargo por homicidio, ya que se podía considerar legítima defensa contra unos asesinos profesionales.

Sólo la existencia de un arma en mi bolsillo me creó problemas. El teniente se quedó con mi revólver, tras advertirme severamente:

—Por esta vez, haré la vista gorda y no le entregaré al fiscal, acusado de tenencia ilícita de armas. Pero si vuelve a adquirir un arma sin licencia, le meteré en la cárcel por un tiempo, Mason. Ya está advertido. Ahora, tenga cuidado. Creo que no le cae bien a algunas personas de esta ciudad...

Y lo malo es que tenía razón. Pero ahora ni siquiera podía usar un arma para defender mi pellejo.

Esa noche intervine ya bastante tarde, tanto en servir mesas, como en tocar la trompeta con el grupo de Rocky Wooley. Lo sucedido en el bar había tenido la culpa de la demora en reintegrarme a mi puesto, pero Crippen y Thorpe comprendieron mis motivos y no me reprocharon nada en absoluto.

Observé repetidas veces a Ellis Joyce —o quien diablos fuese aquel hombre—, mientras tocaba los *blues* al piano. No advertí en él emoción alguna. O era un tipo muy duro o la muerte de los pistoleros le tenía perfectamente sin cuidado.

Bellamy y Sharon estuvieron un rato. Ella me dirigió frecuentes miradas, y temí que Donna captase alguna vez su malicioso modo de observarme desde su mesa. Las mujeres, para esas cosas, son

auténticos linceos.

Cuando todo hubo terminado, recogí mi trompeta y la metí en su funda, encaminándome al guardarropa para guardarla donde acostumbraba a hacerlo, en el armario metálico destinado a mis pertenencias.

Acababa de abrirlo para proceder a la tarea y cambiarme luego de ropa, puesto que Crippen me había autorizado a marcharme antes a casa, dado lo sucedido a primera hora de aquella noche y que sin duda influía en mi ánimo, cuando oí un ruido a mis espaldas. Sentí un escalofrío, porque era el mismo roce sutil y ominoso que captara la noche antes, cuando asesinaron a Pearl Laverne. La idea de poder ser atacado por el misterioso criminal del club nocturno, me erizó el cabello. Y me volví con rapidez, dispuesto a golpear con el estuche de la trompeta a quien fuese.

No vi a nadie. Y el impulso me hizo perder el estuche, que se escapó de mis manos, estrellándose contra la pared para caer luego al suelo. El impacto abrió el cierre y mi dorada trompeta rodó por el suelo lastimosamente, abollándose. La caja abierta también se golpeó con fuerza.

Y ocurrió lo increíble.

Una hermosa cascada de irisadas luces refulgentes hirió mis retinas. Del interior del forro aterciopelado, verde oscuro del estuche del instrumento, saltaron al exterior, en radiante manantial, al menos cuarenta o cincuenta diamantes de bellísimos destellos, que golpearon el suelo con un melodioso tintineo. Los miré, como hipnotizado, sin creer lo que veía.

Yo no he sido nunca un experto en piedras preciosas, pero no había que serlo para darse cuenta de que aquéllos eran los auténticos diamantes robados en San Francisco a un traficante ilegal llamado Oswald Cardona, tras asesinarle.

Y esos diamantes habían estado ocultos todo el tiempo ¡dentro del estuche de mi propia trompeta! El lecho verde oscuro del mismo se había desprendido con el golpe, liberando un auténtico tesoro digno de las páginas de Las mil y una noches.

—Dios mío, no es posible... —susurré, atónito—. Oh, no...

El golpeteo de diamantes, corriendo por el suelo a mis pies, como si fuesen vulgares habichuelas, había cesado. Me incliné lentamente, fascinado aún por la presencia de aquellas piedras

fulgurantes y hermosas. Las fui recogiendo con lentitud, aún en puro éxtasis. Cuando llené mis dos manos con las piedrecillas de mil destellos, empecé a incorporarme.

—Buen chico —aprobó una voz glacial—. Ahora entréguemelos, Mason.

Levanté los ojos, alterado, recordando que todo esto había sucedido porque creí oír un ruido allá fuera, en las sombras del mismo almacén donde hallara tan trágica muerte Pearl Laverne, la cantante de *blues*.

¡Maldita sea! Casi lo había olvidado, por desgracia para mí. Realmente, había existido ese sonido. Alguien pisaba cautelosamente allá fuera, vigilándome sin duda. Y había tenido ese alguien la suerte de presenciar la aparición de los diamantes.

Allí estaba él. Erguido en el umbral mismo del guardarropa, mirándome con ojos helados y una pistola con silenciador —¡cómo no!—, en su mano.

—Usted... —murmuré roncamente—. Me vigilaba de cerca, ¿eh?

—Así es. Y he tenido mucha suerte, a lo que veo. Llego justo a tiempo... De modo que era usted quien guardaba los diamantes, ¿no?

—Pero sin saberlo —gruñí, irritado—. Nunca imaginé que pudieran estar aquí dentro...

—Pearl trabajó bien, la muy zorra —silabeó él, manteniendo fija en mí su pistola—. Bien, Mason. He llegado al fin de mi senda. Eso es lo que buscaba. Démelo.

—Y cuando le haya entregado estos diamantes, ¿qué sucederá? —quise saber.

—Que tendré que matarle. Lo siento. Pero sabe usted demasiado. No puedo dejarle con vida.

Asentí. Sabía que ésa iba a ser su respuesta. Y que era inútil tratar de razonar con él o disuadirle de su idea. Yo era hombre muerto. Mi vida no valía ahora un centavo. Como él decía, sabía demasiado para vivir.

Miré con ira a aquel tipo, se llamase Ellis Joyce o Morgan McNee. Eso me tenía perfectamente sin cuidado. Era el pianista del Notorius, y eso bastaba. El hombre que suplantó a aquél a quien yo vi caer muerto en la acera, en plena madrugada.

—Muy bien —dije con calma—. Aquí tiene sus diamantes.

Y se los tiré a la cara.

Lo hice con toda la fuerza de que era capaz. A la desesperada.

El tipo, se llamase Joyce o McNee, gritó, al recibir el impacto de las piedras en sus ojos y rostro. Disparó, pero desviándose su arma por la sorpresa y ayudando a ello mi rápido gesto de agacharme al arrojar los diamantes.

La bala zumbó muy cerca de mi cabeza, por encima de mis cabellos y se clavó en alguna parte, no sé dónde. Yo agarré mi trompeta, caí a mis pies, y pegué con ella dos veces en el cráneo a mi enemigo.

El pianista comenzó a chorrear sangre por entre los cabellos y soltó su arma, pero se mantuvo en pie, tambaleante, mientras la sangre cegaba sus ojos. Una blasfemia escapó de sus labios y retrocedió, inseguro, tratando de restañar la sangre con su mano.

Yo me incliné ahora para recoger su arma. En ese momento, alguien apareció en las sombras del almacén, a espaldas del pianista. Su vista me sirvió de mayor alivio todavía.

—¡Donna, querida! —llamé—. Ten cuidado. Este tipo es un asesino. Pero le tengo a buen recaudo...

Iba a tomar el arma caída, cuando sonó una especie de taponazo seco, y una bala se clavó en el suelo, moviendo el arma y rozando mis dedos. Pegué un respingo, como si la pistola se hubiese convertido en un áspid, y retrocedí, estupefacto.

—¡Cielos, Donna! —clamé—. ¿Qué haces?

La miré, sin entender aún. Donna sostenía en su delicada mano —¡oh, no!—, otra inevitable pistola con su no menos inevitable silenciador alargando el cañón.

Y era ella quien había disparado. Su arma aún humeaba ligeramente.

—Lo siento, Rip —me dijo fríamente la muchacha—. No intentes coger ese arma. No me gustaría tener que matarte. Ellis, ya estoy aquí. Veo que llegué a tiempo...

—Sí, cariño —afirmó el pianista, ante mi aturdimiento e incredulidad—. Muy a tiempo. Este sucio bastardo casi se sale con la suya. Mira, tenía los diamantes... Ya lo hemos conseguido al fin. ¡Mátalo, pronto!

Miré a Donna. Vi en sus ojos suaves e ingenuos un frío brillo que antes no había captado. Sentí una rara punzada en mi corazón al ir

comprendiendo la amarga verdad.

—No, Ellis —murmuró—. No puedo. No podría disparar sobre él de ese modo, lo siento... Hazlo tú. Toma.

Donna le entregó la pistola. Su pistola. Ellis Joyce —al parecer era él, después de todo—, me encañonó, lleno de odio, mientras la sangre seguía mojando sus cejas y pestañas. Luego, ella retrocedió, mirándome tristemente.

—Donna... —murmuré—. Todo era mentira...

—No —musitó—. No todo, Rip. Pero quería dejar la ciudad. Palabra. Para siempre. Ésta y todas las ciudades del mundo. Esos diamantes podían facilitármelo.

—Tú eras el cómplice femenino de San Francisco, el que colaboró en la muerte de Cardona, o Pearl Laverne... —dije, comenzando a atar cabos—. Siempre has sido tú el compinche, el cómplice de Joyce, su aliado misterioso...

—Sí, Rip. De veras lo siento. Lo siento por ti. Te conocí demasiado tarde. Ya no tenía remedio. Ellis y yo estábamos aquí para encontrar esos diamantes. Y ya los tenemos.

—Matasteis al otro, a Morgan McNee... a Pearl Laverne...

—Morgan era un estúpido —dijo sordamente Joyce—. Vino a Nueva York haciéndose pasar por mí. Él es quien mató a Cardona. Él era el cómplice de Donna, no yo. Pero luego, Donna prefirió traicionarle conmigo. Lo malo es que Pearl, que tenía relaciones con Morgan, sin nosotros saberlo, nos engañó a todos, se quedó con los diamantes buenos y me dejó los falsos... Por eso vine al Notorius, y ayudado por Donna intenté recuperar los diamantes. Pero Pearl los había ocultado, no quiso decir dónde ni cuándo y la degollé...

—¿Y esos pistoleros, los que nos secuestraron, los que intentaron matarnos...? —murmuré roncamente.

—Eran gente de McNee. Su pandilla. También buscaban los diamantes —rió Joyce, mirándome malignamente entre la sangre—. En eso me hizo un buen favor esta noche, Mason, al deshacerse de todos ellos... Era a Donna a quien deseaban matar, no a usted.

—¿Y quién mató a McNee? ¿Vosotros? —pregunté.

—Lo hizo Donna —rió de nuevo Joyce—. Ella disparó desde el coche color guinda que usted vio aquella noche. Yo conducía... Nunca usamos pistoleros para estas cosas. Los dos nos bastamos, ¿no es cierto, querida?

—Sí —musitó ella, mirando tristemente hacia mí, como si me tuviera lástima—. Así es, Ellis... Vamos, acaba de una vez. No me gustará ver morir a Rip. Después de todo, sabes que siento algo por él, no te lo he ocultado...

—Cierto —dijo el pianista, mirándome pensativo—. Bien, Mason. No tengo nada personal contra usted, pero tengo que hacerlo. Adiós. No sufrirá, palabra...

Y se dispuso a volarme la cabeza de un disparo.

CAPÍTULO X

—Suelte ese arma, Joyce —dijo la fría voz del teniente Malone en alguna parte del oscuro almacén—. Le estamos encañonando media docena de hombres. Y también a su chica. No ponga peor las cosas. Si se entregan, es posible que salven el pellejo con un montón de años de prisión. Pero si hacen algún daño a Mason, les coseremos a balazos a los dos.

Siguió un silencio espeso, mortal. Temblé, temiendo que Joyce tomara una decisión brutal y desesperada. Pero evidentemente, no era de esa clase de tipos. Su razón se sobrepuso a su ira y a su afán de matar.

—Vaya... —murmuró, sarcástico, mirándome con disgusto—. Tiene usted mucha suerte, Mason. Acaba de nacer otra vez...

Dejó caer lentamente el arma, con gesto sarcástico. Donna sollozaba ahogadamente. La oí decir de forma apagada, cuando empezaron a emerger policías armados por todas partes:

—Lo... lo siento, Rip. Lo siento mucho. Hubiera sido hermoso lo nuestro... en otra ocasión.

—Supongo que sí —admití cansadamente, más desilusionado que nunca—. No es tan fácil como creíamos abandonar esta maldita ciudad, Donna...

—No, no es fácil —admitió ella entre lágrimas cuando la esposaban—. Ya nunca la dejaré. Nunca, Rip...

Se la llevaron, junto con Ellis Joyce. El teniente Malone, ceñudo, se plantó ante mí. Me esperaba un buen rapapolvo.

—De modo que quiso jugar a los detectives por su cuenta y casi lo paga con la piel, Mason —dijo desabrido—. ¿Para qué cree que estamos nosotros, los policías?

—Supongo que para salvar a los imbéciles como yo, teniente. Perdone —sacudí la cabeza—. ¿Cómo diablos supo lo que estaba sucediendo, para llegar tan a tiempo?

—Sabía que algo gordo se cocía en este club. Ha aparecido en el río un cadáver desfigurado con vitriolo su rostro, que podría ser el de un tipo muy parecido a Ellis Joyce. Eso me hizo comprender que usted, testigo de dos crímenes, peligraba de veras aquí dentro y dispuse un cerco policial intenso para esta noche y otras sucesivas. Pero hubo suerte. Todo ha terminado enseguida.

—¿De modo que ahora le debo la vida, teniente...?

—Así es. Que le sirva eso de lección —luego sonrió, mientras uno de sus hombres recogía los diamantes—. Por cierto, debo felicitarle. Había una recompensa de diez mil dólares para la persona que ayudase a encontrar estos diamantes. Lo pagará la Diamond International Company... No creo que encuentre obstáculos para cobrarlo, conociendo como conoce a una inspectora de dicha entidad... —dijo, guiñándome un ojo e iniciando el mutis.

—¿Cómo? ¿También sabe eso? —me sorprendí.

—Los policías sabemos muchas cosas, Mason —suspiró—. Nos pagan para eso, después de todo...

Me quedé solo en el guardarropa. Lentamente, me despojé de mi chaqueta de uniforme. Recogí mi abollada trompeta, el desencuadrado estuche, y los guardé todo en el armario metálico. Luego me dirigí a la calle, con la chaqueta colgando de mi hombro con descuido.

Sharon me esperaba en un coche, allá fuera. Me llamó desde el volante. Era un modelo moderno y lujoso. No vi ni rastro de Bellamy.

—Vamos, mi héroe —dijo ella, con un guiño malicioso—. Mañana tendrás que ir por nuestras oficinas. Tengo que entregarte un buen pico de recompensa, ¿lo sabías?

—Sí, algo sabía —admití, sentándome a su lado y contemplando sus hermosas piernas hasta medio muslo, donde se arrugaba su falda—. ¿Y tu pareja?

—¿Bellamy? Ya se largó. Volvíamos al club cuando supimos lo ocurrido aquí. Me dijo que mañana te enviará a casa un cheque por el resto del dinero prometido, ya que encontraste al cómplice de Ellis Joyce. Era esa mosquita muerta, la chica provinciana, ¿no?

—Sí —musité, con una punzada dolorosa en mi alma—. Era ella...

Sharon me miró en silencio. No dijo nada. Tal vez entendía mis

sentimientos. Puso en marcha el coche. Sólo al cabo de un rato de conducir por la ciudad llena de luces y de silencio.

—Rip, Bellamy resultó más listo de lo que yo creía. Se ha dado cuenta de que hay algo entre tú y yo. Y ha decidido quitarse de en medio definitivamente. A él le sobran las rubias, después de todo... y yo sólo soy una chica de pelo castaño teñido.

—Me gustaría verte un día el verdadero color de tu pelo —suspiré—. Pero supongo que eso, en esta ciudad, es difícil.

—No hay nada imposible —sonrió—. ¿No te gusta la ciudad acaso?

—No —murmuré—. Soy provinciano, Sharon. Y detesto esta ciudad. Pero sospecho que debo seguir en ella y aceptarla tal como es. Alguien dijo esta noche que no es fácil volver al lugar pequeño donde uno nació. Y creo que tenía razón...

Sharon asintió, sonriendo.

—Y que lo digas —me respondió—. Yo también soy de pueblo. De una pequeña ciudad de Minnessota.

—Cielos... —murmuré.

—Pero ¿quién sabe? A lo mejor algún día tú y yo... nos ponemos de acuerdo para irnos de aquí a una de esas pequeñas ciudades, Rip...

—Sí, ¿quién sabe? —suspiré, mirando a Sharon y apoyando mi mano en una de sus rodillas, que oprimí cariñosamente—. ¿Quién sabe...?

Al menos, era una esperanza.

Después de todo, aquella rubia sensacional y yo no éramos tan distintos como parecíamos. Y ahora, ella era todo lo que tenía.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

Precio en España 50 ptas.

NOTAS

[1] El autor, evidentemente, alude al acto final de Hamlet, donde el héroe, al verse a las puertas de la muerte, dice que para él, «el resto es silencio». (N. del E.). < <

[2] El macho power es un movimiento homosexual, muy en boga en los Estados Unidos, que pretende ofrecer una imagen viril de los homosexuales. Conjuntos musicales como el famoso Village People están encuadrados en ese movimiento. (N. del A.). < <

[3] Verídico. < <